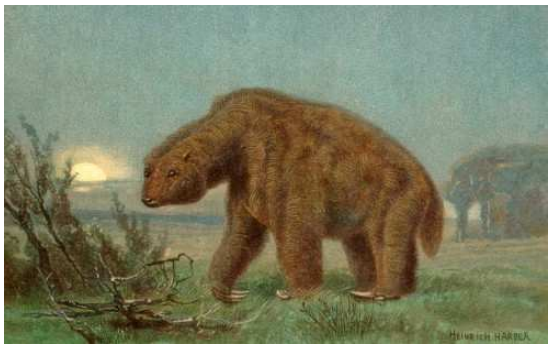
LA RAZÓN HISTÓRICA. Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas. ISSN 1989-2659

Número 42, Año 2019, páginas 89-130. www.revistalarazonhistorica.com

EL MAPINGUARI

HISTORIA DE UNA LEYENDA ADAPTABLE

Por
Fernando Jorge Soto Roland*



El Mapinguarí

* *Profesor en Historia* por la Facultad de Humanidades de UNMdP (Argentina).

A MODO DE PRÓLOGO

"(…) Sudamérica es una tierra que yo amo (…). Pues bien: estando allí, llegaron a mis oídos algunos relatos (…), leyendas de los indios (…), pero que encerraban, sin duda, algo auténtico. Cuanto más conozca usted ese país, más comprenderá que todo es posible, absolutamente todo.
Existen algunas estrechas vías acuáticas de comunicación
por las que viaja la gente; pero a un lado y otro de ellas todo es misterio."

Arthur Conan Doyle
El Mundo Perdido (Novela),
Laertes, edición 1983, Pág. 74

A mediados del mes de julio de 2018 tuve la suerte de concretar un encuentro que venía posponiendo —por un motivo u otro— desde hacía más de siete años. Finalmente, y gracias a la *magia de Facebook*, la cita con Luis Jorge Salinas y su hermano Sergio se convirtió en una realidad concreta, pudiendo así acceder, de manera directa y sin intermediarios, a unos de los relatos más extraordinarios en la historia reciente de la tan cuestionada criptozoología. Una historia que nos habla de monstruos supuestamente extintos hace más de 10.000 años, pero que numerosos testigos juran y perjuran haberlos visto deambular hoy día por las selvas de la Amazonía brasileña. Luis Salinas es uno de ellos. Pero a diferencia del resto, este marplatense aventurero, amable y generoso, asegura haber sido testigo no de *uno*, sino de una *manada* entera de dichos monstruos, a lo largo de veinte noches consecutivas, hacia mediados de la década de 1980. Toda esta asombrosa experiencia está plasmada en un libro que Luis y Sergio Salinas escribieron y publicaron digitalmente recién en 2010 (y que gentilmente me enviaran por mail un año más tarde).[1]

Claro que el monstruo en cuestión resultó ser un viejo conocido: el *Mapinguarí.*

Ya había escrito algo sobre él a poco de regresar de la expedición que me llevara al Perú a fines del siglo pasado[2]; y si bien el diario *La Capital* de Mar del Plata se retrasó un buen tiempo en publicar mi artículo —redactado aproximadamente hacia fines de 1999[3]—, la *"noticia de la bestia"* me era familiar.[4]

[1] Salinas, Luis Jorge y Salinas, Sergio, *Amazonas ¿Pleistoceno Park? Un testimonio Real*. E-Book, Primera Edición Lulu, 2011. Disponible en Web: http://www.lulu.com/shop/luis-jorge-salinas-and-sergio-abel-salinas/amazonas-pleistoceno-park-un-testimonio-real/ebook/product-18561070.html

[2] Véase*: Expedición Vilcabamba. Romanticismo, ciencia y aventura* (1998). Disponible en Web: http://www.lulu.com/shop/fernando-j-soto-roland/expedici%C3%B3n-vilcabamba-romanticismo-ciencia-y-aventura/ebook/product-17479190.html

[3] Ese año (agosto de 1999) el *Discovery Channel* puso al aire un episodio titulado *La Bestia del Amazonas.*

[4] Nota: Posteriormente el artículo fue publicado por Internet en septiembre de 2004 con el título *Amazonía, el último reducto de las leyendas: el Mapinguarí*. Disponible en Web: https://www.monografias.com/trabajos16/amazonia-ultimo-reducto/amazonia-ultimo-reducto.shtml

Domingo 4•2•2001 CULTURA 3

Amazonia, la última frontera del imaginario

POR FERNANDO J. SOTO ROLAND
PROFESOR EN HISTORIA

Primera ricta

Hubo una época en que la región amazónica era conocida por sus enormes ríos y leyendas, por el encanto cautivante de sus junglas desconocidas y sus decenas de tribus, mayormente sin contacto alguno con el hombre blanco.

Desde los días del conquistador español Francisco de Orellana (1541-1542) hasta la actualidad, mucho es lo que ha cambiado en la cuenca del trapezoide río. Pocos reductos son los que faltan efectivamente ocupar y sólo uno que otro bolsón de virginidad se mantiene indemne del destructor avance del progreso. Del todo, esos bolsones poseen decenas de miles de kilómetros cuadrados sin los que pocas personas se atreven a internarse. En ellos la selva sigue siendo la selva, con sus enfermedades, sus peligros, riesgos y misterios. Solo el 11 % de la superficie amazónica ha sufrido la acción de la deforestación desmedida.

Tal como lo ha establecido la *National Geographic*, existen más árboles talados en Europa en el solo un siglo, cruel mezcla de codicia y mas explotados que hoy en día. La decadencia de la explotación del caucho -comenzada a fines del siglo XIX y acelerada en la primera década del XX- desactivó el mismo que particulares y grandes empresas extranjeras habían orientado hacia la Amazonia. Ciudades enteras, barracas, puertos y puestos de avanzada, verdaderos sin días abandonados y devorados por la vegetación; la selva reconquistaba aquellos terrenos que, sólo por unos años, el hombre occidental y su alfabeto habían invadido.

Después del auge de la goma, la búsqueda de oro y de diamantes da un impulso más a una nueva incursión en las selvas, tan o más cargada de violencia que la primera. Desde entonces, la mal nombrada tarda o la breve deforestación de la jungla se han convertido en un verdadero cáncer o el Mal Interminable, como se conoce a la región, empezó a sufrir un gradual y permanente proceso de destrucción.

En nuestros días, varios millones de personas habitan sus selvas y miles de kilómetros cuadrados de jungla caen por año, a causa de la deforestación indiscriminada que se practica. Sólo por citar unos datos, en el año 1991 se destruyeron 29.010 km2 de selva, bajando en 1996 a 18.161 km2. Se calcula que los total deforestada es de 15 millones de hectáreas (57.000 km2), es decir, dos veces el tamaño que posee el Estado de San Pablo.

El daño, el dinero y la corrupción se dan la mano, una vez más. Y esto se evidencia en los porcentajes de la madera talada ilegalmente. Cerca de miles de metros cúbicos de árboles talados conforman el grueso mercado ilegal que se practica. Los controles parecen insuficientes, y lo son. Los políticos se llenan la boca de términos ecológicos, pero nada hacen al respecto. Y mientras tanto, la Amazonia se muere lentamente.

La visión romántica ha desaparecido y una Amazonia sin mitos ha ocupado el lugar que antaño se

El río Amazonas y su selva vecina constituyen, desde siempre, el "laboratorio propicio para el imaginario".

nía la selva virgen. Por otro lado, el imaginario tecnológico concentra, con su falsa creencia en la posibilidad de detectar todo desde el espacio, gracias al perfeccionamiento de los satélites artificiales, le han quitado a la selva el aura de misterio de "Tierra Incógnita", de lo que guardaba hasta no mucho tiempo.

Pero no todo está perdido.

Las extensiones sin explorar -o poco explotadas- siguen siendo inmensas. Y en ellas, los viejos mitos se mantienen incólumes; convertidos en verdaderos oasis para el saber y el avistamiento. En esos sitios, todavía es posible recrear el antiguo espíritu del Explorer del siglo pasado y entrar en contacto con cosmovisiones que creíamos desaparecidas. Como bien ha dicho un conocido biólogo europeo, el doctor Marc van Roosmalen, "En realidad, no sabemos nada acerca del Amazonas". Y algo de cierto debe haber al respecto ya que, de tanto en tanto, leemos en los periódicos sobre el descubrimiento de tribus desconocidas, de nuevas especies de animales o de ninguna. Además, las expectativas científicas de hoy en día, nos han hecho posibilidades inimaginables en el campo de los descubrimientos, dentro sus fronteras. Descubrimientos que van desde nuevos medicamentos, nuevas comunidades humanas -aisladas del resto del mundo- a insectos, aves o, incluso, grandes mamíferos aun desconocidos.

Los Mundos Perdidos no han desaparecido. Que no nos confunda la rutina, chata y mediocre, de las ciudades en las que vivimos. Que no nos confundan los sabios de escritorio, quintaesencia de la más estéril tradición académica. Nada sobrevivan que todo está hecho, que poco cosas faltan descubrir, que apenas variaciones merecen de una composición del mundo por completo.

Es falso que hayan cerrado sus puertas. Es la única manera en que pueden sostenerse -afirmado a sus teorías dogmáticas y cargos políticos dentro de universidades y institutos de enseñanza. Se han olvidado de volar con la imaginación. Ya no sueñan. "Es poco científico", dicen con arrogante autoridad, desalentando a todo aquel que no cosmiga con sus intereses mezquinos y provincianos.

Pero, ¿qué sería hoy del mundo sin los soñadores? ¿Es lícito hundir a la gente en un listado de frases hechas, medias verdad y falta de esperanza? ¿Es ésta el mundo perfecto del progreso que imaginaron los soñadores que nos dieron los más grandes avances, materiales e intelectuales?

Hoy esos antiguos locos son los genios del presente. Soñaron y triunfaron. ¿Por qué combatir hasta al soñador que aspira encontrar en la selva posibles de paraíso-mío, cuando esas regiones efectivamente aún existen? ¿Con qué derecho podemos juzgar el deseo de evasión? ¿No es acaso una forma más de compromiso y de crítica, frente a un mundo sin límites y sin objetivos?

Que los rincones olvidados son pocos, eso nadie lo duda. Pero están ahí, esperando a que alguien se anime, sus leyendas, sus memorias, sus animales aún desconocidos, sus indios ignotos.

Amazonia sigue siendo uno de los últimos rechazos de las leyendas. En ella, todavía es imprescindible soñar siendo posible ■

Mujorquari, pavorosa terrestre gigante: Según cuentan los numerosos contemporáneos, y un mamífero gigante merodea por las aguas amazónicas.

Mapa del Amazonas. El universo exótico de los exploradores se alimentó con imágenes de mapas como el que muestra en la reproducción.

Publicado por diario La Capital de Mar del Plata
el domingo 4 de febrero de 2001 (Sección Cultura, Pág. 3)

Al releerlo hoy, después de casi 20 años, sólo suscribiría una parte de aquellas páginas. La verdad es que ya no me veo reflejado en esas líneas. Hay en ellas más deseos que realidades. Más fantasía que hechos concretos. Y cuando me pregunto porqué escribí sobre ese tema del modo en que lo hice, no puedo más que contextuar ese lejano acto y encontrar sólo una causa: *la influencia de la inmensidad de la selva sudamericana*. Ese *Infierno Verde* del que habló el desaparecido explorador Percy Harrison Fawcett, y que me acogiera en su seno por espacio de casi un mes.

Habíamos ido en pos de algo poco común (al menos en los ambientes que frecuento): una *ciudad perdida*. *Vilcabamba La Vieja*, la última capital de los incas en el exilio, tras la conquista europea; y el *Paititi*, la mítica ciudad que —se dice— aún permanece escondida en plena yunga andina y de la cual sólo pretendíamos recoger testimonios sobre su leyenda.

Estábamos mareados después de tantas emociones. Los medios locales y nacionales nos convocaban a relatar la aventura. Nuestros nombres y apellidos salían en los diarios relacionándonos a historias con las que siempre habíamos soñado relacionarnos. Nuestros quince minutos de fama habían llegado y los disfrutábamos al máximo. Pero sabíamos que en muy poco tiempo todos iban a olvidarnos y que los resultados del viaje —públicos por entonces— necesitarían mayores explicaciones con el paso del tiempo. Debo confesar que nadie las pidió. El olvido fue absoluto. Pero en aquellas agitadas horas estábamos obligados a

rememorar a diario las peripecias de la aventura; y las anécdotas, rumores y fábulas, que nos acosaran a lo largo del viaje, se publicaron semana a semana, hasta que todos se aburrieron.

Artículos del diario *La Capital* de Mar del Plata dando cuenta de la Expedición de Julio/agosto 1998

Nos sentíamos *distintos* y no sin pudor —debo confesarlo— con un cierto aire de superioridad. Las experiencias extraordinarias suelen generar ese tipo de sentimientos. Es un tema que ha sido estudiado en personas que regresan exitosas de situaciones traumáticas; y aunque la nuestra no puede equipararse —ni por asomo— con una guerra, el haber transitado por zonas peligrosas y alejadas de lo cotidiano —el hecho de vivir con tanta intensidad temores y alegrías tan poco frecuentes y regresar victoriosos— hicieron que nos viéramos *diferentes*.

Una frase escrita por Joseph Conrad me rondaba, en aquel tiempo, a diario la cabeza. La transcribí en los más tempranos escritos post-expedición. Me sentí identificado con ella. Resumía como ninguna otra lo que todos los miembros del grupo sentíamos.

"Me encontré de regreso (de la selva) en la ciudad sepulcral donde me molestaba la vista de la gente apresurándose por las calles para sacarse un poco de dinero unos a otros, para devorar sus infames alimentos, para tragar su insalubre cerveza, para soñar sus insignificantes y estúpidos sueños. Se entrometían en mis pensamientos. Eran intrusos cuyo conocimiento de la vida era para mí una irritante pretensión, porque yo estaba seguro de que era imposible que supieran las cosas que yo sabía. Su conducta, que era simplemente la conducta de individuos vulgares ocupándose de sus negocios con la certeza de una perfecta seguridad, era ofensiva para mí, como ultrajantes ostentaciones de insensatez ante un peligro que es incapaz de comprender. No tenía ningún deseo especial de ilustrarles, pero me resultaba bastante difícil contenerme y no reírme en sus caras, tan llenas de estúpida importancia".[5]

[5] Conrad, Joseph, *El Corazón de las Tinieblas*, Editorial Alianza, 1902, Pág. 120.

Era una frase perfecta. Lo sigue siendo. Refleja el espíritu del explorador del siglo XIX como muy pocas. Me apoyé en ella para escribir *Amazonía*, desdeñando las mencionadas "*caras estúpidas*" que, con seguridad, afilarían sus dientes para saltarme a la yugular. Pero no me importó. Quería *provocar*, en especial a algunos miembros de las instituciones académicas que no había dado ningún apoyo al proyecto exploratorio. Y contra ellas me ensañé, muy a sabiendas de que, transcurrido un tiempo, iba a arrepentirme.

Escribir aquel artículo fue un verdadero *tour de force* entre la razón y la sin-razón. Entre el pensamiento mágico nacido al calor de la selva y el frío racionalismo del escritorio en el que empezaba a escribir la experiencia. Todavía tenía muy frescos los detalles de aquellas noches dentro de la carpa rodeado de kilómetros de follaje, de sonidos extraños que llegaban hasta el campamento y la posibilidad de toparnos con cualquier *cosa* en el primer recodo del camino.

Estábamos contaminados de romanticismo y en ese contexto usé cierta bibliografía y me apoyé en testimonios que no volvería a utilizar en la actualidad, al menos del modo en que lo hice entonces. Me refiero concretamente a un libro, *Tras las Huellas de los Animales Desconocidos*, de Bernard Heuvelmans (padre de la criptozoología) y los dichos de un ornitólogo estadounidense, contratado por el *Mueso Emilio Goeldi de Belén* (Brasil), llamado David Oren, incansable buscador de una misteriosa criatura amazónica conocida con el nombre de *Mapinguarí*. Un —*para él*— supuesto perezoso gigante terrestre, sobreviviente de la extinción que su especie sufrió hace unos 10.000 años.

Sin ser conciente había ligando dos cosas —la selva y un monstruo— a un relato en el que hoy reconozco cierta ostentación de conocimiento. Un narcisismo mediocre. Cierta forma de poder, que es el que otorga el haber estado en un lugar donde nadie —que conociera en aquellos días— había estado.

De izquierda a derecha
Bernard Heuvelmans, Luis Jorge Salinas y David Oren
Tres de los más conocidos especialistas en el *Mapinguarí*

Por eso me atreví a escribir (¡y publicar!) lo siguiente:

"Los Mundos Perdidos no han desaparecido. Que no nos confunda la rutina, chata y mediocre, de las ciudades en las que vivimos. Que no nos confundan los sabios de escritorio, quintaesencia de la más estúpida tradición académica, cuando sentencian, acomodando sus adiposos traseros detrás de sus

doctorados, que todo está hecho, que pocas cosas faltan descubrir; que sólo restan variaciones menores de una composición del mundo por completo conocida.

Es lógico que hayan cerrado sus mentes. Es la única manera de que pueden sostenerse, aferrados a sus teorías dogmáticas y cargos políticos dentro de universidades e institutos de enseñanza. Se han olvidado de volar con la imaginación. Ya no sueñan. "Es poco científico", dicen con arrogante autoridad, descalificando a todo aquel que no comulga con sus intereses mezquinos y provincianos.

Pero, ¿qué sería hoy del mundo sin los soñadores? ¿Es lícito hundir a la gente en un lodazal de frases hechas, mediocridad y falta de esperanza? ¿Es éste el mundo perfecto del progreso que imaginaron los soñadores que nos dieron los más grandes avances, materiales e intelectuales?

Hasta hace no muchos años, volar era cosa de locos. ¿Y llegar a la Luna? ¡Una tontería!

Hoy esos antiguos locos son los genios del presente. Soñaron y triunfaron. ¿Por qué combatir tanto al soñador que aspira encontrar en la selva porciones de primitivismo, cuando esas regiones efectivamente aún existen? ¿Con qué derecho podemos juzgar el deseo de evasión? ¿No es acaso una forma más de compromiso y de crítica, frente a un mundo sin timón y desquiciado?

Que los rincones aislados son pocos, eso nadie lo duda. Pero están allí, esperando a que alguien recupere sus leyendas, sus creencias, sus animales aún desconocidos, sus indios ignotos." [6]

Mis infundadas creencias infanto-juveniles emergían con fuerza desde el pasado. Querían imponerse. Rompían con la instrucción académica de los últimos años. El deseo por volver a *creer* se reeditaba y el mundo inacabado, que conociera a través de las crónicas y diarios de viajes de famosos exploradores, regresaba tras haber estado contenido por largo tiempo. Era como si un dique interno se hubiera roto y el agua, desbocada, buscara de memoria su antiguo cauce.

El viaje a la selva me había cambiado. Experimentaba un retroceso claro en la forma de ver el mundo. Uno mucho más divertido. Más irracional, mágico y abierto. Me asusté.

Traté de contenerme, pero aquel alud de romanticismo se llevó todo por delante y, cuando la turbulencia pareció menguar, el *Mapinguarí*, el gigante perezoso de la leyenda, permaneció incólume. Firme. De pie y con una sonrisa irónica en su feo rostro. Parecía estar riéndose después de casi una década y media de escepticismo universitario. Así, influido por la experiencia amazónica, volví a la criptozoología creyendo tener mayores fundamentos con los que defenderla.

1998 marcó un antes y un después. Se nota. Basta con comparar "*Amazonía*" con todos los escritos posteriores.[7] Es que, tiempo después, cuando volví a

[6] Véase del autor: *Amazonía. El último reducto de las leyendas. El Mapinguarí* op.cit.

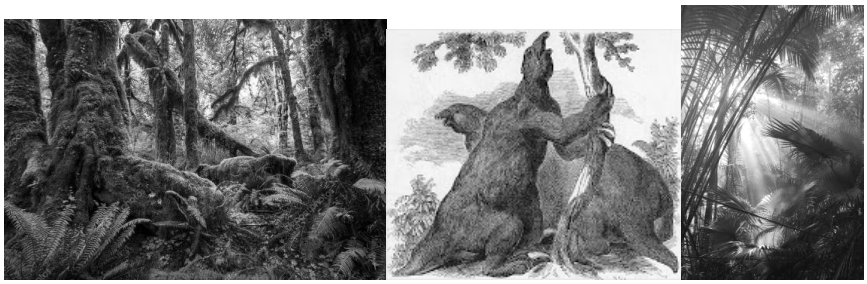
[7] Véase del autor: *Criptozoología; buscando animales que nunca existieron*. Disponible en Web: https://www.monografias.com/docs110/criptozoologia-buscando-animales-que-nunca-existieron/criptozoologia-buscando-animales-que-nunca-existieron.shtml // *El Universo onírico de la Criptozoología*. Disponible en Web: http://www.escepticos.es/repositorio/elesceptico/articulos_pdf/ee_28/ee_28_el_universo_onirico_de_la_criptozoologia.pdf // *Ensoñaciones de la criptozoología*. Disponible en Web: https://es.calameo.com/books/0054060182483848cec5e // *La elusividad como telón de fondo*. Disponible en

habituarme al universo del escritorio (y mi flamante PC), las cosas se tornaron más claras. Menos apasionadas. En ese nuevo contexto recuperé el sentido que nunca debí perder. Fue como regresar a la cordura tras haber estado combatiendo contra molinos de viento. No hay duda: *el entorno engendra significado*. Relativiza lo imposible, inclinándonos a considerar lo factible de un modo distinto. Pero fue aleccionador.

En carne propia había experimentado algo que antes sólo intelectualizaba: *la frontera entre la realidad y la ficción fluctúa*. Lo hizo a lo largo de toda la historia. Lo sigue haciendo. Estamos condicionados por la posición que tenemos. La objetividad es sólo un mito positivista. *Las mentalidades* son más maleables de lo que suponemos. Sólo la honestidad intelectual permite equilibrar la balanza, evitando caer en el anacronismo. Ése que nos conduce a leer el mundo con criterios de otras épocas. La búsqueda de la verdad (con minúscula) es un terreno cenagoso. Difícil de transitar. Si no se está bien pertrechado de salvavidas, es fácil hundirse. Muy fácil. Yo me hundí un poco en aquella selva maravillosa, a la que había ido en pos de ciudades perdidas y terminé resucitado monstruos.

Pero no me importó. No tenía mucho que perder. Nadie me conocía lo suficiente. Mi trabajo no corría peligro. No había becas ni subvenciones que defender. Sólo la honestidad personal (que no es poca cosa). Y así, fueron ellos, *los libros y los amigos más equilibrados*, los que salieron en mi auxilio; y como en el antiguo *ágora de los griegos*, cuestionaron la *herencia amazónica* que cargaba. Si no hubiera sido de ese modo, distintas habrían sido estas líneas.

La exigencia de pruebas serias reclamó un replanteo. Los "cómo" y los "*por qué*" cambian siempre el panorama general cuando son demandados. Fue lo que me ocurrió y, de ese modo, aquella fantasía que tanto disfruté desde mi carpa de campaña se disolvió, como oportunamente había ocurrido con otras creencias de la niñez. Las ilusiones encantan al mundo. Lo vuelven un escenario fantástico. Abierto a la aventura, que es uno (*a no dudarlo*) de los mejores antídotos contra la mediocridad y el aburrimiento. Porqué ocurre esto, es lo que he tratado de explicarme en los últimos 20 años, analizando las creencias en fantasmas, ovnis y seres monstruosos.[8]



La selva: típico contexto de "*otredades*"

Web: https://es.calameo.com/books/005406018c2004cf3d6eb // *Los portales del imaginario: prensa, monstruos y extraterrestres*. Disponible en Web: https://issuu.com/fernandojorgesotoroland/docs/los_portales_del_imaginario_prensa //

[8] Nota: Gran parte de este prólogo es una transcripción literal del artículo que escribí y titulé *Ensoñaciones de la Criptozoología*, en el que analizo la búsqueda de un extraño homínido por el fallecido explorador Jordi Magraner, pero que resulta perfectamente aplicable a este artículo Op.cit.

La cordial conversación que mantuve con Luis J. Salinas hace sólo unos días fue, como convenimos de entrada, "*a calzón quitado*". Cada uno sabía desde donde hablaba el otro (ambos conocíamos nuestras posturas) y si bien en ningún momento nos propusimos modificar nuestros tan disímiles pareceres, su seguridad me impactó. Una cosa es leerlo y otra muy distinta compartir unos mates y charlar mirándonos a los ojos. Conozco a los *chantas*. He pasado meses enteros en Capilla del Monte conversando con personas que dicen tener contactos con alienígenas o poseer poderes especiales. Por eso de algo estoy seguro: Luis no miente. No tiene (ni tuvo) porqué hacerlo. Es un hombre honesto consigo mismo. Un hombre que tuvo una experiencia anómala, totalmente fuera de lo común que le marcó la vida. Sólo por eso tiene mi más profundo respeto.

El problema —si así podemos llamarlo— es que partimos de dos posturas epistemológicas diferentes. Mi escepticismo y formación me impiden sostener una conclusión tan rotunda y "*revolucionaria*" como la suya, apoyándome únicamente en su testimonio o en el de tantos otros. Puede que suene antipático, pero así funciona el conocimiento científico. Incluso la técnica de la *historia oral* requiere de pruebas concretas. No bastan los dichos o las experiencias personales, por más vívidas que éstas hayan sido. La cuestión, en estos casos, *no es creer*, sino probar que lo que se cree haber visto es real. En un juicio por jurado, no creo que su postura saliera ganadora. Al menos por ahora. Cómo el mismo me dijo: "*No tengo pruebas de nada*". Claro que eso no impide que en el futuro alguien encuentre al tan mentado y elusivo perezoso gigante (ojalá sea Luis) y, en ese caso, yo sería el primero en reconocer mis errores. Hasta tanto eso ocurra, hay muy poco de dónde agarrarse firmemente. Nadie puede probar que algo no existe. *La carga de la prueba* es responsabilidad de quien afirma respecto de la existencia de algo (ovnis, marcianos, fantasmas, monstruos); y me consta que Salinas le dedica al tema mucho tiempo.

Así todo, como historiador abocado al estudio del *imaginario*, la leyenda del Mapinguarí es por demás rica, interesante y digna de ser estudiada. El aporte que Luis Salinas me dio en su convencida exposición hizo que me *desayunara* de muchas variantes que desconocía; y que me permitirán escribir un *estado de la cuestión* sobre la búsqueda e historias derivadas de tan elusiva criatura.

Ojalá pueda estar a la altura de las circunstancias.

Buenos Aires, Agosto de 2018

FJSR

PARTE 1

DE FLORENTINO AMEGHINO A DAVID OREN

"Curupi es el espíritu de los bosques, un ser terrible, maligno, del que es preciso huir. Nadie sabe describir su forma o su constitución; pero a lo largo de todo el Amazonas su nombre inspira terror. Ahora bien: todas las tribus concuerdan en lo referente a la dirección en que mora el Curupi (...). Algo espantoso se escondía de aquel lado, y a mí me correspondía averiguar qué era."

Arthur Conan Doyle
El Mundo Perdido (Novela),
Laertes, edición 1983, pp. 46-47

En 1982, el escritor y folclorista norteamericano Daniel Cohen publicó una de las compilaciones más completas y mejor documentadas sobre seres y personajes de leyendas que se hayan puesto a la venta: *La Enciclopedia de los Monstruos*.[9] En este trabajo, el recientemente fallecido autor, resume críticamente, con erudición y gran sentido del humor, el origen, evolución y características propias de numerosas criaturas imaginarias; ésas que han condimentado miles de crónicas, diarios de viajes, relatos populares, artículos periodísticos y leyendas urbanas. Es, sin duda, un recomendable trampolín para saltar y zambullirse en las aguas más densas y profundas de la romántica y cuestionada *pseudociencia* llamada *criptozoología*.

Así todo, no es de extrañar que en este trabajo Cohen no mencione ni una sola vez, a lo largo de sus 280 páginas, al *Mapinguarí*; aunque sí le dedique varias carillas a los misteriosos perezosos gigantes y a la creencia de la posible persistencia de los mismos hacia fines del siglo XIX.

Al respecto aclara:

"(...) No se han hallado más indicios de dicha supervivencia en el presente siglo XX, de modo que, lo que en algún momento pareció ser uno de los casos más prometedores de un animal 'extinto' que resultara vivo, finalizó con la conclusión de que, después de todo, el animal está realmente extinto".[10]

Este es el veredicto vigente que la moderna paleontología defiende actualmente. No hay pruebas incontrastables de lo contrario. Las técnicas de bioestratigrafía, paleobioquímica, tafonomía, paleohistología y paleoecología, así como los avances en el estudio de los contextos paleontológicos, geológicos y zoológicos en general, no nos permiten reeditar el romántico *Mundo Perdido* que tanto pregonara el Profesor Challenger en la maravillosa novela de Arthur Conan

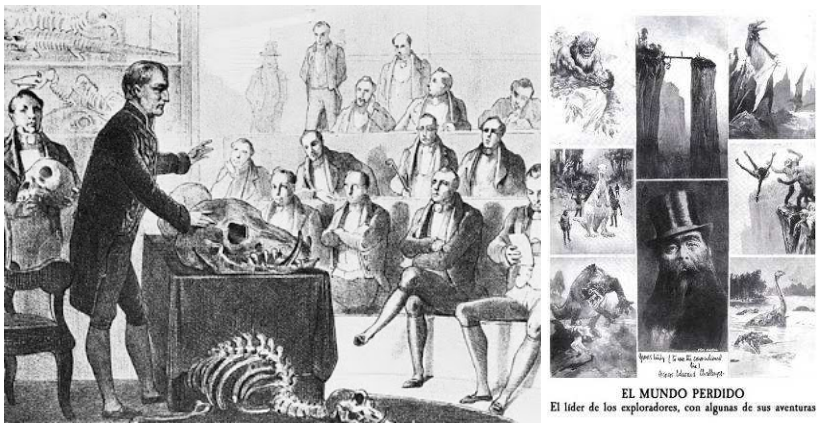
[9] Cohen, Daniel, *La Enciclopedia de los Monstruos*, Edivisión, México, (1° edición en español) 1989.
[10] Ibídem, pp. 71-72-

Doyle. Hoy por hoy, aún discutiéndose las causas más importantes que produjeron las extinciones, la academia concluye (lejos de cualquier intento conspirativo) que:

"El último importante —y posiblemente más espectacular— vuelco en la historia mamífera de Sudamérica ocurrió alrededor del límite entre el pleistoceno y el holoceno [hace unos 10.000 años antes del presente] *cuando el 100% de las especies megamamíferas y alrededor del 80 % de las grandes especies mamíferas se extinguieron".*[11]

De acuerdo con los especialistas, en el presente no hay megafauna a las Américas; y si bien la extinción no ocurrió en todos lados al mismo tiempo, las hipótesis propuestas hasta ahora van desde las relacionadas con el cambio climático-ambiental ocurrido hace 10.000 años, pasando por la irrupción de nuevas enfermedades y la actividad cazadora practicada por el *homo sapiens sapiens* tras su ingreso al continente.[12]

Pero a finales del siglo XIX las cosas no estaban tan claras. Ni los marcos epistemológicos tan rigurosos; especialmente cuando las conclusiones e hipótesis provenían de personajes tan singulares como los que nombraremos a continuación.



Paleontólogos decimonónicos reales (izquierda) y ficticios (derecha)

Así todo, nunca antes en toda la historia, se había dado avances tan profundos; y como era de esperar, la transformación fue total.

El optimismo decimonónico dominó el panorama occidental. Todo parecía posible. *El tren del Progreso* estaba en marcha y tanto la cultura como la sociedad en general experimentaron un verdadero "cambio copernicano". La cosmovisión

[11] Cione, Alberto L., Tonni, Eduardo y Soilbenzon, Leopoldo, *¿Causaron los humanos las extinciones mamíferas del pleistoceno tardío-holoceno temprano en Sudamérica, en un contexto de áreas reducidas?* (2009). Véase disponible en Web: http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/5370 // Nota aclaratoria: Se entiende por "megamamíferos" a aquellos con una masa corporal por encima de los 1000 Kg. y "grandes mamíferos" aquellos que están por encima de los 44 Kg.

[12] Véase: Paunero, Rafael y otros, *La fauna pleistocénica: evidencias zooarqueológicas en la meseta central de Santa Cruz, los Sitios de la María*. Disponible en Web: http://www.redalyc.org/pdf/506/50654025010.pdf

de aquellas generaciones, confiadas en el avance irredento del conocimiento y la ciencia, varió a una velocidad inusitada. No en vano el siglo XIX en un mojón histórico con el que, aún hoy, compartimos un sinnúmero de pareceres y perspectivas. Ir más allá en el pasado es sumergirse en aguas un tanto más turbias y disímiles a las nuestras. Nuestro mundo actual se asienta en sus logros. Desde ellos es que dimos el otro gran salto que experimentamos actualmente.

El positivismo del siglo XIX, apoyando y exigiendo pruebas materiales para alcanzar la verdad, auspició la empresa catalogadora de fichar el mundo entero y dio así los más certeros pasos al pensamiento crítico y a la ciencia (devenida —al aplicarse— en tecnología industrial). La electricidad, los avances de la medicina, la química y los medios de transportes, la fotografía y la aparente indefinida expansión del comercio, pusieron a la ciencia en su tope más alto. Incluso asuntos metafísicos —como el espiritismo (tan de modo por entonces)— fue abordado de un modo materialista y pretendidamente objetivo.

En un panorama expansivo imparable —incluso en las instancias políticas de los países más poderosos, que se lanzaron a la conquista y colonización del planeta, dando paso a la *Era del Imperialismo*—[13] los medios de comunicación no quedaron al margen. El telégrafo revolucionó el mundo. Despertó las mismas inocentes esperanzas de "unión y hermandad" que en su momento tuvo Internet. Pero no fue así. La Primera Guerra Mundial resultó ser el más temprano ejemplo de ese fracaso. De todos modos, la difusión de las noticias y del conocimiento se transformó. La divulgación se convirtió en la estrella del show y, en el proceso, no sólo se transfiguró la forma de transmitir sino lo que se transmitía a los neófitos hambrientos de novedades.

Diarios y revistas divulgaron y vulgarizaron el conocimiento. Explotaron el asombro y la fascinación. Despertaron fantasías, como indica Soledad Quereilhac en su excelente investigación.[14] Los "*misterios de la ciencia*" se acoplaron a los "*milagros*" del quehacer científico. ¿Quién podía estar al tanto, actualizado y al día, ante tantas "*maravillas*"? Naturalmente que no la gente del común: sólo los "*sabios*" (denominación utilizada entonces) y sus aún *más sabias* instituciones académicas y centros de investigación. Un nuevo principio de autoridad cobraba forma, desplazando a los sacerdotes y a la iglesia. Un nuevo templo (*el del saber*) asentaba sus reales en medio de un colectivo que, por lo general, desconocía el modo en que se practicaba y quiénes eran sus responsables. Los dueños de la "verdad" vestían batas. Las sotanas se dejaron de lado y el blanco —la luz— desplazó al negro de las sombras (asociado con la ignorancia).

Pero todo este proceso, que resumimos someramente, no estuvo exento de fábulas y mentiras. El acto de divulgación, en manos de periodistas y escritores aficionados, favoreció también la difusión de exageraciones y falsedades. Errores

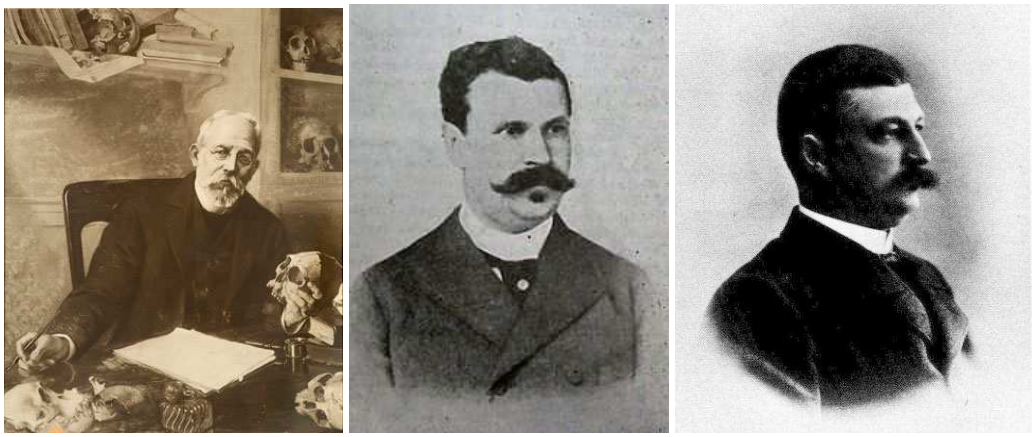
[13] Véase: Hobsbawm, Eric, *La Era del Imperio (1875-1914)*, Editorial Critica, Barcelona, edición 2001.
[14] Queirelhac, Soledad, *Cuando la ciencia despertaba fantasías. Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.

que, aunque sustentados en columnas supuestamente más confiables, no dejaban de ser errores.[15] El romanticismo empezó a hacer mella.

Claro que la ciencia tenía (y tiene) en sí misma los mecanismos para autodepurarse. Lo que no quita que las fantasías instaladas socialmente se empeñaran en mantenerse, contrariando los discursos que les habían dado vida (aún cuando éstos ya fueran diferentes). Convengamos algo: los mitos y leyendas son huesos duros de roer y muchos se seguían masticando a fines del siglo XIX y principios del XX.

Por ende:

"Noticias y ensayos conformaron representaciones heterogéneas y fabulosas de 'lo científico', en las que convivían las novedades que llegaban desde las Academias y universidades con temas de las ciencias ocultas (...)".[16]



De izquierda a derecha
Florentino Ameghino, Ramón Lista y Einnar Lönnberg

Dado ese contexto, que el famoso autodidacta y naturalista argentino Florentino Ameghino (1853-1911) creyera en la existencia de un milodón del pleistoceno (perezoso gigante) vagando libremente por la Patagonia a fines del siglo XIX, no debería sorprendernos.

Pero, ¿qué fue lo que lo llevó a sostener semejante juicio, en una época en la que los paleontólogos del mundo afirmaban que ese animal estaba extinto desde hacía miles de años; y qué otras personas se vieron involucradas en todo el asunto?

Para poder desentrañar esta madeja debemos meter la cuchara en una corta historia en la que celos profesionales, competencia, afán de prestigio y mentiras se dieron la mano, conformando una situación que, ya por entonces, despertaron serias sospechas.

[15] Nota: muchos de esos errores han renacido y tenido prensa de la mano de los variados comerciantes del misterio que pululan hoy en día.
[16] Queirelhac, op.cit. Pág.14

Ramón Lista (1856-1897) era un tipo con contactos en las altas esferas del gobierno y de la *high society* vernácula de fines del siglo XIX. Amigo personal de Julio A. Roca, Miguel Juárez Celman y Carlos Pelligrini, entre otros, este controvertido personaje de la generación del '80 se destacó como militar y uno de los más grandes exploradores argentinos. Un hombre ambicioso a quien sus críticos no dudaron de tachar, también, de inescrupuloso (especialmente por ser el responsable de una de las más sanguinarias e innecesarias matanzas de indios —*onas*— en Tierra del Fuego, hacia 1886). Pero la masacre no fue óbice para que el presidente Juárez Celman lo nombrara gobernador de ese territorio nacional un año más tarde, instalando la capital en Río Gallegos (1888) y aprovechando su mandato para realizar exploraciones por todo el oeste de la Patagonia y, de paso, convivir con una aborigen tehuelche llamada Clorinda, en una toldería a menos de 200 Km. de la casa de gobierno. De esa relación ilegal —Lista estaba casado con una niña de la elite porteña llamada Agustina Andrade— nació una hija a la que don Ramón no dudó en darle su apellido. Pero las distancias no resultaron suficientes para ocultar el secreto. En 1891 el escándalo se hizo público, su esposa en Buenos Aires se suicidó y Lista renunció a su cargo. Sus amigos del poder cubrieron el bochorno lo más que pudieron y Lista se llamó a silencio por un tiempo, dedicando los últimos años de su vida a la exploración del Chaco. Cuando el 23 de noviembre de 1897 fue asesinado a machetazos por los baqueanos que lo guiaban hasta el curso del río Pilcomayo, otra mentirilla piadosa se difundió en la capital porteña, alegándose un suicidio. Poco duró esa versión; como tantas otras que el mismo Lista había hecho circular en vida; siendo un ejemplo concreto aquella en la que se atribuía la fundación de la *Sociedad Científica Argentina*, que lo acogiera entre sus miembros desde 1877, pero creada cinco años antes.

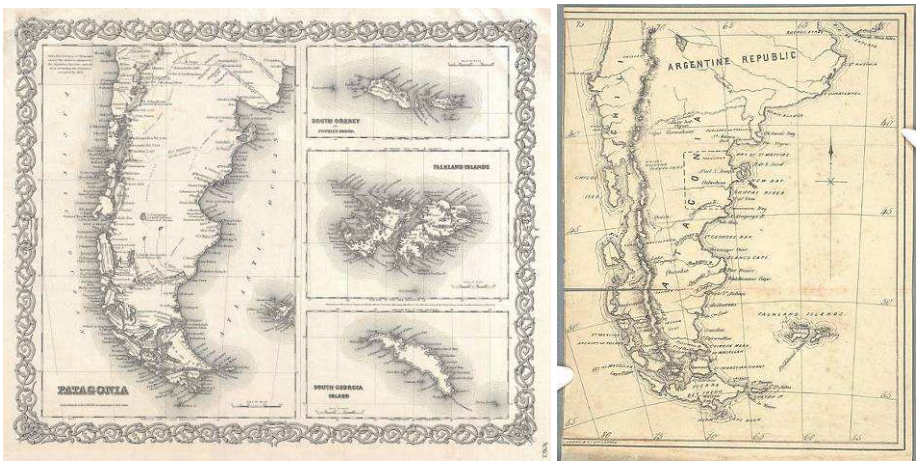
Bien se sabe que en los gremios de pescadores y exploradores las exageraciones y fábulas están a la orden del día, máxime cuando sus miembros —amén de cumplir con las tareas específicas (pescar y explorar)— se dedican, como Lista, a escribir libros sobre sus logros y hazañas.[17]

De todos modos, la muerte de Lista lo dejó sin voz ni voto en una discusión que recién empezaba y en la que Florentino Ameghino lo involucró, lamentablemente después de que fuera molido a machetazos en la selva del norte de Salta.

¿Qué fue lo que se discutía?

Para poder resumir el asunto hay que dirigir la atención al año 1895 y a un descubrimiento que dio mucho de qué hablar en los años posteriores.

[17] Nota: Ramón Lista escribió cuatro libros y decenas de artículos en diarios y revistas de la época.



Antiguos mapas de la Patagonia

Escenario de gigantes y quimeras, la Patagonia, siempre "*lejana*", "*inhóspita*" y "*misteriosa*", ha sido para el imaginario occidental el espacio ideal en donde "*lo otro*" podía resguardarse, *prístino*, sin ser observado. En pocas palabras: era el refugio por antonomasia. El escondite ideal en que tanto la *Ciudad de los Césares*, el *Santo Grial*, el mismísimo *Hitler* o seres mitológicos, encontraron refugio y permanencia —según dicen— hasta nuestro días. No es de extrañar, entonces, que desde los días de la conquista española (siglo XVI), las crónicas le adjudicaran un lugar muy especial, poblando sus aislados nichos ecológicos con monstruos de todo tipo, amén de aventureros, exiliados y peligros sin par.

Como ya hemos explicado en un trabajo anterior[18], desde 1526 los rumores hablaban de un ser muy feo, con cara de león, barba, corpulento y cola muy larga cubierta de pelos (con la que protegía a sus crías, que llevaba siempre sobre el lomo) conocido con el nombre de *Sú* o *Succarath*.

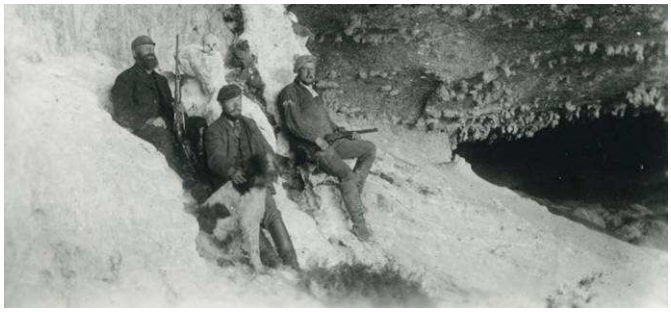
Ingleses, ibéricos y alemanes aludieron a esa bestia. Le atribuyeron características de indomable y violenta. Cruel y rapiñera. Y, aún siendo un producto de la afiebrada imaginación de aquellos primeros exploradores, pasados los siglos, algunos siguieron considerándola posible. Florentino Ameghino fue uno de ellos, sabiendo encontrar en los antecedentes literarios sobre el *animal* la forma de justificar su propia creencia en la permanencia de perezosos gigantes vagando por la Patagonia, a fines del siglo XIX; desencadenando así un debate que —salvando las distancias y los círculos académicos— continúa hasta el día de hoy.

[18] Véase: "Monstruos a la vuelta de la esquina" en ensayo sobre *Nahuelito*, La Razón Histórica, Revista Hispanoamericana de Historia de las Ideas, septiembre/diciembre 2015. disponible en Web: https://www.revistalarazonhistorica.com/31-7/

El Sú o Succarath (grabado, siglo XVI)

Todo comenzó en 1895, dos años antes de que Ramón Lista fuera asesinado, cuando, en el sur de Chile, un alemán dedicado a la producción agrícola-ganadera, llamado Hermann Eberhard, descubrió una inmensa cueva y dentro de ella, semienterrado, el pedazo de un cuero que el germano consideró "*fresco*" y reciente. Las condiciones en las que se encontraba así parecían indicarlo.

El hallazgo tenía 1,5 metros de largo por 80 centímetros de ancho, con pelos duros asociados a diminutos huesitos (*osículos*) esparcidos por toda la superficie su superficie que semejaban parte de una coraza natural, resistente a las flechas de los indios, e inclusive a las balas de las armas de fuego que empezaban a ganar protagonismo. Pero Eberhard no le prestó demasiada atención. Al llegar a su estancia dejó el cuero (de casi 18 Kg.) colgado sobre un poste y se olvidó de él.



(Derecha): Cueva del Milodón (Chile). (Izquierda): Eberhard —en el centro— dentro de la misma

Meses más tarde, en 1896, Otto Nordenskjöld —un explorador sueco— se apersonó en la propiedad. Vio el cuero. Supuso que era algo importante y le pidió a su propietario un pedazo para ser analizado. De inmediato lo envió a su país natal en donde Einar Lönnberg, un célebre paleontólogo, dictaminó que pertenecía a un milodón (perezoso gigante). Si el cuero era, efectivamente, tan *fresco* como se había sentenciado de entrada, don Florentino parecía estar en lo cierto.

La Cueva del Milodón (Chile) hoy en día, con imagen alegórica. A la derecha: Otto Nordenskjöld

Un año más tarde, en 1897, el conocido perito Francisco Pascasio Moreno (1852-1919) pasó por la misma estancia. Lo que quedaba del cuero permanecía en el mismo lugar. Cuando lo observó, tampoco pudo resistir la tentación de pedir y llevarse un pedazo que, como su predecesor sueco, remitió al Museo de La Plata para su posterior análisis.

Entonces, en 1898, adelantándose a todos y antes de que se publicara cualquier conclusión al respecto, Ameghino escribió un artículo que desató el debate.

En él afirmaba que su hermano —Carlos Ameghino (un gran explorador de campo argentino, aunque poco reconocido hoy día)— había conseguido en el sur del país *otro pedazo de piel*, idéntico al encontrado en Chile, y que pertenecía a un bestia que todavía caminaba por el corazón de la Patagonia.

Para reafirmar el *nuevo descubrimiento*, don Florentino (siempre afecto a sacar conclusiones apresuradas) decidió darle mayor sustento a su hipótesis recurriendo a unos supuestos dichos que le transmitiera el famoso explorador Ramón Lista.

Según Ameghino, Lista le había contado que, durante una expedición por el lejano interior patagónico, él y sus compañeros habían visto con sus propios ojos un extraño animal que respondía a la descripción del controversial perezoso. Un animal raro, parecido a un pangolín (un mamífero semejante a los *Tatu Carreta*) pero cubierto —no de escamas como lo están los pangolines actuales— sino de

pelos largos y rojizos. Claramente no era una ejemplar de esa especie. Lo que habían tenido ante ellos era, además, mucho más grande.[19]

Como si todo eso fuera poco, Ameghino cuenta que los sorprendidos expedicionarios abrieron fuego contra la bestia, pero ésta ni se inmutó. Se limitó a girar, mostrar su peluda grupa y perderse en los matorrales cercanos, dando pruebas de su invulnerabilidad.

Pangolín actual y dibujo apologético de Ramón Lista

Ameghino no dudó en darle una taxonomía científica y bautizó a la criatura con el nombre latino de *Neomylodon Listai (Nuevo milodón de Lista)*, en honor a su "descubridor" (una práctica bastante común entre los criptozoólogos actuales). Lamentablemente, para cuando el artículo fue publicado, Ramón Lista ya estaba muerto y, por ende, no pudo certificar o refutar sus aparentes propios dichos.

Hoy resultaría por demás temerario caratular un nuevo animal a partir de comentarios de terceros; máxime cuando el informante tiene en su currículum algunos episodios sugerentemente alimentados con mentiras (véase arriba). Claro que nunca sabremos qué hubiera opinado Lista. Se había llevado muy bien con Ameghino y tenía un ego bastante inflado. Así todo, es probable que le hubiera producido mucha gracia el hecho de que su amigo se apoyara sólo en una anécdota de fogón.

Nunca, Ramón Lista, hizo referencia en su libros a ese extraño episodio; y si bien su trabajos etnográficos —producto de la convivencia con los tehuelches— son altamente apreciados y muy descriptivos a la hora de analizar los mitos y seres monstruosos de los aborígenes de la provincia de Santa Cruz, en ningún momento pretendió darle a esas criaturas una realidad objetiva. *Al menos* en la páginas de sus obras publicadas. De lo que *supuestamente* le dijo a Ameghino, hay certezas.

Como era de esperarse, no todos estuvieron de acuerdo con el diagnostico de don Florentino; y fue el perito Francisco Moreno —enemistado desde hacía tiempo con él— el que no dejó pasar la oportunidad y mandó el trozo que él mismo había

[19] Ameghino se arriesgó a decir que podía haber tenido el tamaño de un rinoceronte.

conseguido en la estancia chilena al Museo Británico, donde Sir *Arthur Simon Woodward Smith* —una eminencia en la materia por entonces— dictaminó que el cuero (chileno) *no* pertenecía a ningún animal vivo y que, en verdad, era muy antiguo; aunque sí bien preservado por las condiciones de la caverna donde había sido encontrado.

Por su parte, Moreno exigió que Ameghino mostrara el trozo de piel conseguido por su hermano en el sur, y que dijera tener en su poder. Pero eso nunca ocurrió. Ameghino jamás mostró la pieza en cuestión.

Famoso cuero de milodón encontrado en Chile (1895). Parte externa e interna de la muestra

En 1899, el geólogo *Rudolph Hauthal* volvió a la propiedad de Eberhard. Excavó la cueva, desenterró restos pertenecientes a nuevos animales prehistóricos, entre ellos el de un perezoso gigante, y lo rebautizó como *Grypotherium Domesticum*; creyendo que habían sido domesticados por los primeros indios, al identificar un supuesto corral hecho con piedras.[20]

Hoy sabemos que ese "*corral*" nunca existió. Que el supuesto reservorio hecho de piedras eran rocas desprendidas del techo de la caverna y que por lo tanto el perezoso gigante jamás fue mascota de ningún aborigen patagónico. De todas maneras, la hipótesis de Hauthal mantuvo por algún tiempo abierta la posibilidad de que una de esas bestias todavía estuviera yirando por la inmensidad de la Patagonia. Incluso el diario londinense *Daily Express* organizó y mandó una expedición a cazar al monstruo, en 1900; a pesar de que muchos científicos calificados ya denunciaban a Ameghino de mala fe y mentiroso.

Como puede verse, también por entonces, los tiempos de la prensa eran diferentes a los de la ciencia y guiados por el sensacionalismo amarillista.

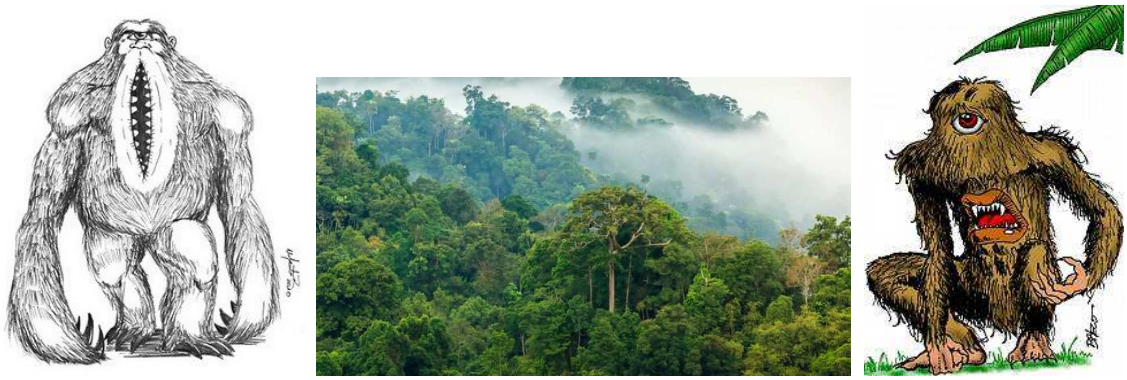
Hacia 1901, y por más que Ameghino intentará legitimar su historia acudiendo a las antiguas crónicas de la conquista (identificando al *Neomylodon Listai*, primero

[20] Véase: Heuvelmans, Bernard, *Tras la pista de los animales desconocidos*, Luis de Caralt editor, Barcelona, 1958, pp. 9-55.

con el *Sú*, y más tarde con otro ser de la mitología local, el *Iemisch*), el tema se fue diluyendo lentamente hasta desaparecer del ámbito académico y periodístico.[21]

Recién en 1922, el interés por los monstruos renació con fuerza. Esta vez de la mano de otro personaje muy especial: el Director del Zoológico de Buenos Aires, un italiano afincado en el país desde hacía tiempo, llamado *Clemente Onelli*.[22] Pero la historia de Onelli ha quedado —erroneamente— ligada a la de otro monstruo famoso del sur: *Nahuelito*, el supuesto plesiosaurio del lago Nahuel Huapi.[23]

Para que los perezosos gigantes terrestres volvieran a ser noticia tuvieron que pasar otros 70 años. Claro que, en esa ocasión, el escenario fue distinto. La Patagonia fue hecha a un lado, olvidada, y la selva amazónica se convirtió en el nuevo refugió de la bestia. Está vez con nombre propio: *Mapinguarí*.



Representación mitológica del *Mapinguarí* y su entorno selvático

Con fecha 20 de agosto de 1993, la revista *Goeldiana Zoología* publicó, en su fascículo N° 19, un singular artículo, escrito por un desconocido ornitólogo estadounidense llamado David C. Oren, titulado *¿Los perezosos terrestres sobrevivieron a tiempos recientes en la región amazónica?*[24]

Oren, por aquellos días destacado en el Departamento de Zoología del *Museo Paraense Emilio Goeldi* —en Belém, Estado de Pará, Brasil—, lanzó una verdadera bomba de estruendo al sugerir que el Mapinguarí —un monstruo mitológico presente en el imaginario de los aborígenes amazónicos desde hacía siglos— no era otra cosa que un residual perezoso terrestre de regular tamaño, considerado extinto desde fines del pleistoceno.

---

[21] Véase: *Los animales prehistóricos de los lagos del sur argentino*. Disponible en Web: http://www.unifaweb.com.ar/modules/news/print.php?storyid=41

[22] Muñoz Azpiri (h), José, *Clemente Onelli (1864-1924) El criptozoólogo*. Disponible en Web: http://nomeolvidesorg.com.ar/wpress/?p=1654

[23] Véase del autor: *Jorobas, cuellos largos y fantasías. La leyenda de Nahuelito, la bestia lacustre del Nahuel Huapi*. Disponible en Web: https://www.revistalarazonhistorica.com/31-7/

[24] Oren, David C., "¿Los perezosos terrestres sobrevivieron a tiempos recientes en la región amazónica?" en *Goeldiana Zoología*, Número 19, 20 de agosto de 1993. Disponible en Web: https://archive.org/stream/Goeldianazoolog19/Goeldianazoolog19_djvu.txt

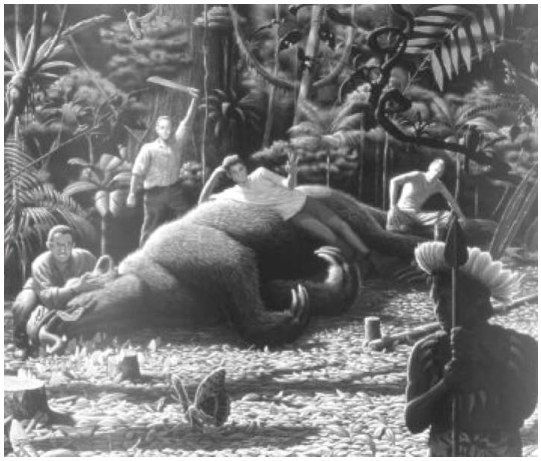


Ilustración de tapa- *Revista Edentata*, junio 2001

La historia volvía a repetirse pero esta vez, como era de suponerse, las esquirlas de la explosión alcanzaron de lleno el prestigio del especialista en aves. El ambiente académico lo empezó a mirar torcido y así, "*el loco de Oren*" pasó —sin que él se lo propusiera, seguramente— a formar parte de un selecto —aunque no reconocido— grupo de *especialistas en monstruos y bestias elusivas*: los criptozoólogos.

Ya en el podio de tan singulares investigadores —entre los que podemos nombrar a Bernard Heuvelmans, Iván Sanderson, Karl Shuker, Ray Mackal, Loren Coleman, entre otros tantos divulgadores de misterios—, Oren no corrió con mucha suerte, ni le resultó redituable su participación (como sí ocurrió con los demás).[25]

Que una persona con formación científica, hasta ese momento inscripto dentro de la ortodoxia, lanzara semejante afirmación (tanto por escrito como por televisión)[26] tuvo sus costos. Demasiados caros, según se deja entrever en su artículo de la revista *Edentata* del año 2001.[27]

La credibilidad de Oren decayó en la misma proporción en que aumentó su desprestigio; y nada pudo hacer para revertir el proceso. Incluso la ilustración que decoró la tapa de la revista *Edentata* (única dedicada al estudio especializado de osos hormigueros, perezosos y armadillos) denota una cierta actitud irónica por parte de los editores.

Pero, ¿cómo se metió Oren en semejante berenjenal? ¿Qué fue concretamente lo que dijo? ¿Qué pruebas aportó?

Mucho antes de que David Oren se instalara en Brasil para ganarse la vida trabajando en el Museo Goeldi de Belém, los habitantes de la amazonía hablaban

---

[25] Nota: Otro zoólogo muy reconocido (también especializado en el estudio de las aves) que creía fervientemente en la existencia de un perezoso pleistocénico deambulando por la selva fue el argentino Elio Massoia. Al respecto véase el excelente artículo de Mariano Moldes, *Breve ensayo sobre criptozoología*, publicado por Alejandro Agostinelli. Disponible en Web: http://factorelblog.com/2016/07/26/carta-abierta-de-un-plesiosaurio/

[26] Véase Discovery Channel, agosto de 1999, *La Bestia del Amazonas*. Disponible en Web: https://elpais.com/diario/1999/08/26/radiotv/935618409_850215.html

[27] Oren, David, "Does the endangered xenarthran fauna of Anmazoni include remnant ground sloths? en *Edentata*, junio 2001, número 14, pp. 2-5

de un monstruo terrible habitando en el interior de la selva. Lo llamaban Mapinguarí y era descripto como una criatura bípeda, con los pies vueltos hacia atrás, cubierto de pelo color rojizo y capaz de emitir un alarido (rugido o aullido, según el caso) que helaba la sangre. Pero eso no era todo. La leyenda también contaba que tenía un solo ojo en la frente, a modo de cíclope, y grandes garras en sus manos, amén de ser resistente a las flechas, poseer una segunda boca en el abdomen y la capacidad de emitir un fuerte y nauseabundo olor, que utilizaba para atontar o ahuyentar a sus enemigos, como hacen los zorrinos. Sus hábitos eran nocturnos y su mayor capacidad: la elusividad.[28]

Este *bicho* tan difícil de encontrar es uno de los tantos ejemplos de la fauna fantástica del aborigen amazónico, muy productivo a la hora de idear seres con capacidades sobrenaturales (propias de la cosmovisión mágico-religiosa- animista que los identifica) y útil, según dice el propio Oren, a la hora de asustar a los niños, evitando a que vaguen por el bosque. Un "*cuco*" selvático, pedagógico y temido.

Pero nadie antes de Oren había asociado al Mapinguarí con el perezoso terrestre gigante. Conclusión a la que el ornitólogo norteamericano llegó en el controversial artículo de 1993; en el que señala que sólo unos pocos escritores regionales lo habían citado en sus trabajos previos. Pero diferían claramente con la identificación que diera David.

"(…) Un grupo de compiladores de cuentos amazónicos han descripto al Mapinguarí como una criatura similar a un mono, no muy diferente al yeti de Asia o al 'big-foot' del noroeste del Pacífico de los Estados Unidos y Canadá."[29]

Y agrega:

"Desde la época de mi primer trabajo de campo en la Amazonía brasileña en 1977, escuché muchos cuentos del Mapinguarí, parte de la panoplia de criaturas fabulosas que supuestamente habitan en las partes más remotas de la selva, y yo siempre consideré que el Mapinguarí era puramente mítico. David Gueiros Vieira, del Departamento de Historia de la Universidad de Brasilia y exdirector del Museo Paraense Emilio Goeldi (…), fue el primero en llamar mi atención sobre el hecho de que muchos contemporáneos confiables tenían historias de contactos de primera mano con el monstruo. Vieira fue el administrador principal de la mina Serra Pelada en el sudeste de Pará, Brasil, durante más de un año y recopiló varias historias de mineros que afirmaban haber visto este animal. Fue durante las discusiones con Vieira que me di cuenta de que la criatura descripta como el Mapinguarí no era un primate y sí, casi con toda seguridad, un perezoso de tierra. Desde mis conversaciones con Vieira he viajado a regiones donde esta criatura ha sido reportada, entrevisté a personas que afirman haberla visto y busqué evidencia de su actividad (heces, huellas y daños a las plantas) y he llegado a la conclusión de que (…) es un miembro del grupo de perezoso terrestres gigantes, recientemente extintos de la región amazónica [nota: "recientemente" es unos 10.000 años

[28] Véase del autor: *La elusividad como telón de fondo para una historia de lo extraordinario*. Disponible en Web: https://issuu.com/fernandojorgesotoroland/docs/la_elusividad_como_tel_n_de_fondo_p

[29] Oren, David C., "¿Los perezosos terrestres sobrevivieron a tiempos recientes en la región amazónica?" en *Goeldiana Zoología*, Número 19, 20 de agosto de 1993, pág. 10.

aproximadamente] *y que aún pueden sobrevivir en pequeños números en la zona más occidental de la amazonía de Brasil, en los estados de Acre y Amazonas."*[30]

Con la seguridad de estar frente a un milodón viviendo en la selva, Oren se lanzó en su búsqueda. Metió unas cuantas imágenes publicadas en libros de paleontología en una carpeta y salió a recorrer distintas comunidades indígenas, mostrándoselas y averiguando si habían visto al animal de los dibujos.

Como era de esperar: *"cada testigo que he entrevistado ha dado descripciones muy similares (a ellos)"*.[31]

Y concluye lleno de entusiasmo:

"La similitud de las descripciones es uno de los detalles más intrigantes, ya que es imposible que las diferentes personas entrevistadas hayan 'conspirado' para fabricar la misma versión de la verdadera criatura".[32]

Es opinión de muchos (entre los que me incluyo) que la metodología usada por Oren adolece de un serio inconveniente: es él mismo —condicionando a sus entrevistados con dibujos y preguntas dirigidas— el que *fabrica* al monstruo que —*a posteriori*— los demás confirman haber visto. Esto se llama "*petición de características*" y se da cuando el entrevistado tiende a dar respuestas que se adapten a lo que el entrevistador quiere esperar oír.[33] Es como buscar la pieza de un rompecabezas previamente conocido y hacerla encajar —medio a la fuerza— en el espacio faltante, desechando vaya a saber uno cuántas otras.

Sensibilizado por su creencia, David Oren es el portador de un estereotipo que quiere hallar a toda costa en el relato de los demás; y es así como los *contamina* con su juicio previo, encontrando lo que quiere encontrar; identificando los rasgos comunes de su criatura en todos los dichos.

Sumergido en un ambiguo universo de rumores —y sin medios científicos probatorios seguros— Oren pone *el pensamiento al servicio del deseo*[34], proyectando eventos extremadamente poco probables en términos creíbles, sosteniendo todo el andamiaje en dichos imposibles de constatar.

Pero su predilección subjetiva no cae en saco roto. Por el contrario, encuentra un apoyo claro en dos grupos: los aborígenes (inclinados a ver el mundo de un modo diferente al nuestro, plagado de seres fabulosos con los que no entran en contradicciones) y algunos románticos colegas provenientes de la criptozoología (que se niegan a aceptar un mundo inacabado, siendo, por tanto, afectos a creer en "*Mundos Perdidos*").

---

[30] Ibídem, pág. 10
[31] Ibídem, pág. 3.
[32] Ibídem, pág. 4.
[33] Este *defecto* también ha sido estudiado convenientemente en casos de supuestos avistamiento de ovnis y extraterrestres cuando las entrevistas son hechas por ufólogos (y casi todas son ellas por ellos).
[34] Agradezco a Alejandro Agostinelli haberme sugerido este excelente concepto que él utilizó en un extraordinario trabajo inédito sobre la mitología ufológica de Capilla del Monte [*Capilla del Monte: génesis de un folclore*, 1988].Véase de Allport, G. y Postman, L., "Por qué circulan los Rumores" en *Psicología del Rumor*. Disponible en Web: http://www.luisemiliorecabarren.cl/files/capitulo_I_por_que_circulan_los_rumores.pdf

"Hay pocas dudas en mi mente —escribe Oren— *de que la leyenda del Mapinguarí se basa en contactos humanos con milodontes que viven en el bosque amazónico".*[35]

Ocho años después de su primer artículo, Oren arremetió con un segundo "*paper*" en 2001 y —*claro*— sin haber encontrado las pruebas necesarias que confirmaran su arriesgada hipótesis. En él se limitó a repetir algunas de sus ideas previas y agregar siete nuevos testimonios, esta vez relacionados con supuestas cacerías exitosas practicadas en distintos estados amazónicos de Brasil. Pero todas resultan imprecisas.[36] De todos modos —a partir de éstos y otros "*testigos*"— el especialista en aves reajustó el modo de caracterizar al Mapinguarí, señalándolo como un animal veloz, y poco más chico de cómo lo imaginara al principio: a lo sumo de dos metros de altura en posición bípeda (amén de todos los rasgos antes señalados). Es que estudios paleontológicos realizados en el Caribe —Cuba y Puerto Rico— en 1997 establecían una alta probabilidad de que un perezoso terrestre "*relativamente pequeño y semi-arborícola*", hubiera evolucionado allí en épocas pleistocénicas.[37]

En resumidas cuentas, David Oren seguía sin tener nada entre sus manos. El Mapinguarí se le escurría una vez más. Tal vez por eso acudió al "*principio de autoridad*" —siempre bienvenido en estas lides— y citara como *crédulo antecesor* a don Florentino Ameghino[38] y su amigo Ramón Lista.

El círculo, finalmente, se cerraba

Aunque no del todo.

[35] Oren, David C., "¿Los perezosos terrestres sobrevivieron a tiempos recientes en la región amazónica?" en *Goeldiana Zoología*, Número 19, 20 de agosto de 1993, pág. 9.
[36] Oren, David, "Does the endangered xenarthran fauna of Anmazoni include remnant ground sloths? en *Edentata*, junio 2001, número 14, pág. 3.
[37] Ibídem, pág.2.
[38] Ibídem, pág.2.

PARTE 2

DE CHUPACABRAS A MAPINGUARÍ

"(…) Existen aún animales a los que se supone de la época jurásica, monstruos que derribarían y devorarían a los más feroces y grandes de nuestros mamíferos. (…) ¿Que cómo lo sé?, me preguntan ustedes. Lo sé porque yo he visitado sus ocultas guaridas. Lo sé porque he visto algunos de esos animales con mis propios ojos."

Arthur Conan Doyle
El Mundo Perdido (Novela),
Laertes, edición 1983, Pág. 63

En 2011 accedí a un libro (publicado un año antes), titulado *Amazonas: ¿Pleistoceno Park? Un Testimonio Real (2010)*. Estaba escrito (para mi sorpresa) por dos marplatenses —Luis Jorge y Sergio Salinas— quienes, desde la portada misma, advertían —a los posibles escépticos— que los eventos allí relatados no eran producto de la ficción literaria, la exageración o la mentira.

"*Doy mi palabra de honor que todos los acontecimientos que se evidenciarán en este libro son reales*".[39]

La verdad sea dicha, no tenía idea de la existencia de criptozoólogos en nuestro país y mucho menos de que alguien se dedicara a investigar la leyenda del Mapinguarí tan cerca de casa. Leí con ansiedad las 80 páginas del escrito y noté que estaba ante una crónica que superaba con creces las experiencias narradas por David Oren. Contrariamente al ornitólogo yanqui (que siempre habló por boca de terceros), Luis Jorge Salinas daba su testimonio en primera persona. Juraba no sólo haber visto a una de esas criaturas, sino a una manada completa. Como ya dije al principio de este artículo, no encuentro ningún motivo que lo llevara a mentir deliberadamente. Lo que no significa que esté 100 % convencido de que la bestia en cuestión haya sido el animal que él sugiere.

Su historia es fascinante. Por esa razón —y a fin de tener una composición de lugar lo más completa posible— la comentaré en unos pocos párrafos (basándome en la charla que tuve personalmente con Luis y las vicisitudes expuestas en su interesante libro).

Hay viajes que marcan un antes y un después en nuestras vidas. *Viajes iniciáticos* de los que regresamos siendo otros y que muchas veces determinan lo que haremos durante el resto del camino. Sin duda, el que Luis emprendió a mediados de la década del '80 fue uno de esos viajes.

[39] Salinas, Luis Jorge y Salinas, Sergio, *Amazonas ¿Pleistoceno Park? Un testimonio Real*. E-Book, Primera Edición Lulu, 2011. Disponible en Web: http://www.lulu.com/shop/luis-jorge-salinas-and-sergio-abel-salinas/amazonas-pleistoceno-park-un-testimonio-real/ebook/product-18561070.html , pág.4.

Con sólo 24 años de edad y un evidente espíritu de aventura a cuestas, 1985 sorprendió a Salinas viajando y trabajando por Brasil; empleado temporalmente en una granja dedicada a la cría de gallinas, 38 kilómetros al sur de la ciudad Manaos, sobre la ruta amazónica AM-10. Y fue allí, en ese paraje exótico para un marplatense acostumbrado a las inmensidades del mar, donde sin proponérselo entró en contacto con *lo extraño*; con una leyenda que desconocía y que terminó —según me comentara— quitándole el manto de escepticismo que había cargado desde siempre.

Cuenta Luis que al anochecer, cuando las tareas diarias se relajaban y los empleados de la granja compartían los últimos momentos de esparcimiento del día, podían escucharse —especialmente en las noches sin luna— unos aullidos estremecedores, provenientes de la selva vecina y que los locales atribuían —contrariando la leyenda clásica— al lobisón (*lobisomen*, en portugués).

Curioso por naturaleza, Luis decidió —no sin cierto sarcasmo— esperar al personaje a la vera del camino por el que creían oírlo. Armado con un rifle que le habían dado para que matara a los gatos salvajes que atacaban a los pollos, se agazapó —completamente a oscuras— a un costado del camino que pasaba por delante del portón de entrada a la granja y esperó. Fue así que vio a la criatura por primera vez.

Al principio oyó los mentados aullidos y algo que se le acercaba. Suponiendo que era algún bromista, esperó tenerlo cerca, disparar al aire y ahuyentarlo. Pero lo que se le puso por delante, a sólo 8 metros de distancia, fue algo totalmente inesperado: una silueta semejante a la de un gorila que caminaba, balanceándose de un lado a otro, en clara posición bípeda. Tenía 1,70 metros de altura, cabeza pequeña en relación con el cuerpo, un hocico corto y ojos brillantes. Sus enormes brazos colgaban por delante, con grandes garras, y sus patas traseras, cortas y anchas, lo mantenían erguido. El cuello parecía delgado e inclinado hacia adelante, mostrando una joroba en la espalda y todo el cuerpo cubierto de pelaje que, por la oscuridad, percibió de color negro, excepto en el pecho que le pareció lampiño. Lo definió como un gorila con cabeza de perro.

Cuenta que, sin más, decidió dispararle. El animal recibió el impacto de frente y cayó al suelo, pero a poco de hacerlo, se volvió a reincorporar de espaldas a Luis, con la cabeza "*colgándole como un colgajo*" y sus patas delanteras apuntando hacia arriba. Segundos después, en cuatro patas, salió corriendo hacia las sombras, chocándose contra varios árboles en su huída, como si estuviera ciego. Sorprendido, Salinas dice que lo oyó trotar y tras un corto galope, escuchó como se desplomaba en algún sitio.

Dada la situación no se animó a buscar el cuerpo y regresó junto a sus compañeros de trabajo que, desde lejos, dijeron haber atisbado —a poco menos de una cuadra de distancia— una silueta oscura.

Mapinguarí (¿identikit plausible?)

Excitados por la experiencia, y sin dejar de referirse al *lobisón*, permanecieron hablando sobre el tema un par de horas. Finalmente, cuando el cansancio los alcanzó se fueron a dormir. Pero aquella noche tenía aún más por ofrecer.

Trascurrida unas tres horas de los hechos, un nuevo aullido, está vez más poderoso que el primero, resonó en las inmediaciones. Luis saltó de la cama, tomó el rifle y se asomó para ver qué ocurría. Una nueva silueta, esta vez de unos 3 metros de altura, parada sobre sus dos patas y rugiendo a más no poder, parecía amenazarlo desde el alambrado de la entrada a la granja. Pasados unos pocos minutos, el animal se retiró del lugar.[40]

"A partir de entonces, todas las tardes después de oscurecer, me sentaba a mirar hacia la ruta en plena oscuridad y realmente las sombras grandes continuaban pasado, pero ya sin aullido ni ruido alguno (...)".[41]

De acuerdo con su relato, Salinas tuvo tiempo suficiente (20 noches) para reconvertirse y pasar de cazador a etólogo. Sus observaciones le permitieron recolectar una información preciosa respecto de las características físicas del animal y su comportamiento.

En la primera edición del libro, resume las siguientes (amén de las señaladas arriba):

- Se comunican entre ellos gesticulando y vocalizado, estirando la cabeza hacia arriba y emitiendo lo que se parece mucho al croar de los sapos.
- Sus aullidos, cuando los emitían terminaban como en un eructo.
- Olfateaban como lo hacen los perros rastreadores.
- La hembras (a las que supongo identificó por la falta de un pene, aunque no lo señala explícitamente) son más pequeñas de los machos y las encargadas de alcanzarle el alimento a las crías.
- Les gusta comer hojas de los árboles de mango.
- No evidencian miedo alguno al los seres humanos.

[40] Ibídem, pp.-11-12.
[41] Ibídem, pág.13.

- Son extremadamente elusivos.
- Se trasladaban por el medio de la ruta AM-10 (que por entonces —1985— permanecía la mayor parte del tiempo sin circulación).
- "*No eran agresivos, no atacaban a los pobladores*".[42]

Frente a este extraño panorama, y sin poder definir o catalogar certeramente a semejantes criaturas, Salinas se limitó a llamarlas "*especie desconocida*"; no asociándolas sino hasta mucho más tarde con el *Mapinguarí*.

Pero, ¿en qué momento el marplatense tomó por el camino que siguiera Florentino Ameghino, casi un siglo atrás? Según lo consiga en su libro —escrito a 25 años de los eventos (2010)— recién en 2003, tras la lectura de los artículos de David Oren —publicados en 1993 y 2001 respectivamente— empezó a relacionar su *ignota especie* con el legendario *Mapinguarí* del Amazonas y, por ende, con los perezosos terrestres gigantes.[43]

Según observo, recién entonces la historia empezó a cobrar importancia, y de simple anécdota viajera se convirtió en el privilegiado testimonio de un aparente evento criptozoológico, como también en una cruzada personal para el autor.

¿De qué pruebas dispuso Salinas a la hora de escribir sobre su experiencia?

Físicas, *ninguna*. No hay fotos (ni una sola a pesar del largo período de observación), no hay dibujos de la época (el retrato hablado del monstruo se hizo recién en 2010/2011), no hay testimonios de otros testigos (sus compañeros de la granja) que hayan visto con tanto detalle a las bestias y, obviamente, tampoco hay restos óseos o de algún otro tipo. Entonces, ¿cómo avalar todo lo que hemos leído? ¿En qué se apoya el relato? El propio Salinas lo explicita: *"Sólo lo que yo guardo* [guardaba hacia 2010] *en la memoria"*.[44]

Es aquí donde encuentro uno de los *puntos más flacos* de todo el asunto: la extrema confianza en los recuerdos de hechos acaecidos 25 años atrás.

Está probado que la memoria es selectiva. Que recrea los recuerdos. Que éstos cambian según las circunstancias y contextos en que se las rememora; y que detalles determinantes de la historia se quitan y se agregan inconcientemente, sin una clara voluntad de mentir. Somos fabricantes, a la postre, de "*falsos recuerdos*". Nos pasa a todos. De ahí mi pregunta: ¿hasta qué punto lo rememorado por Salinas no se amoldó a lo que leyó en los artículos de David Oren? ¿Qué seguridad podemos tener de que su testimonio (honesto, por cierto), pero después de dos décadas y media, refleje la "*verdad*" tal y como él la cuenta?

Que vio algo extraño, de eso no hay dudas.

Pero, ¿realmente se ajusta tanto a las descripciones de dio Oren? ¿Acaso no se está reproduciendo lo que creemos sucedió con los aborígenes cuando el ornitólogo los entrevistó años atrás mostrándoles dibujos de bestias pleistocénicas?

---

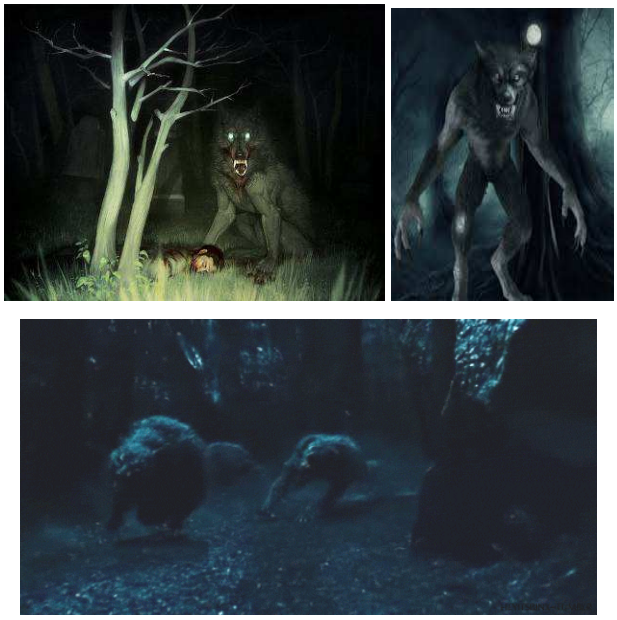
[42] Ibídem, pág.18.
[43] Ibídem, pág.19.
[44] Ibídem, pág.20.

Es sólo una posibilidad, de la que Salinas, seguramente, estará en desacuerdo. Pero yo también soy honesto intelectualmente y no puedo dejar de plantearla.

Por fortuna, Luis volvió a escribir al respecto.

En 2012 —a dos años de la primera edición de su libro— publicó un breve artículo en el que se evidencia una clara reelaboración de la idea inicial. En él se plantean algunos aspectos que, en principio, no encontramos en sus primeros dichos. Estamos, pues, ante una hipótesis —por probar— que, no por ser en extremo original, nos resulte fácilmente aceptable.

El trabajo se titulaba *Lobisón, chupacabras y mutilaciones de animales. Teoría de los megaterios*.[45]



El lobisón

Clásicas representaciones del chupacabras

Una de las primeras cosas que me llamó la atención fueron las intenciones que el autor expuso a la hora de mover su pluma: *esclarecer*, *entender* y —por sobre todas las cosas— *alertar* a las autoridades y ciudadanos —en especial a niños y

[45] Salinas, Luis Jorge, *Lobisón, chupacabras y mutilaciones de animales. Teoría de los megaterios*. Disponible en Web: https://megateriosvivos.blogcindario.com/2012/05/00002-teoria.html#comentarios

jóvenes— respecto de *animales desconocidos*, nocturnos, con grandes garras y una defensa química (fuerte olor pestilente), tan o más peligrosos que los grandes felinos.[46]

Debo confesar que metía miedo. Pero, ¿se estaba refiriendo al mismo animal "*no agresivo*" de 1985, con el que había compartido el mismo espacio, a escasos metros de distancia y en plena oscuridad?

*Inquieta*ba. Máxime si se tiene en cuenta la indiferencia con que fuera recibida su hipótesis por parte de autoridades, instituciones y órganos científicos. Todos —según Salinas— habían hecho oídos sordos a sus consejos. Una vez más, la ciencia parecía conspirar contra del bienestar general, desatendiendo opiniones heterodoxas y dejando los dichos de Luis al mismo nivel de los cuentos que las madres de la amazonía relatan a sus hijos con el fin de evitar que se metan en el bosque.

El "*Cuco*" reaparecía, pero esta vez asociado a mutilaciones de ganado y ataques a seres humanos, desde Tierra del Fuego a Estados Unidos.

Salinas había dado un gran salto, pero con sólo pruebas circunstanciales difícilmente lo iban a tomar en serio.

Según su nuevo parecer, el lejano Mapinguarí amazónico había extendido su área de influencia a tal punto que muchos de los rumores referidos a seres del folclore —publicitados cada tanto en periódicos locales y revistas sensacionalista, noticias extrañas y relatos de fogón— aludían a la misma bestia: un megaterio de talla mediana, posiblemente —según Luis— un *megalonix Wheatley* (o uno muy similar); aunque sin descartar que otros megaterios de diferentes contexturas pudieran también ser los responsables de los sangrientos ataques.

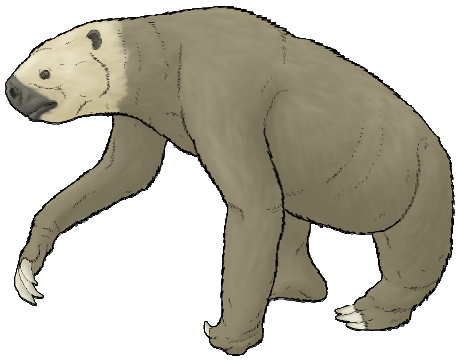
Escribe Salinas:

"Hay que entender a los testigos casuales, sus reacciones ante lo desconocido y la asociación, por así decirlo, que hizo en su mente, en un instante inesperado. Para entender las apreciaciones testimoniales hay que tratar de saber cómo define cada observador a una especie animal desconocida, bajo presión, distancia, ángulo e iluminación y qué información mítica o periodística asoció en ese instante en su mente, de los cuales puedo ofrecerles varios ejemplos (…).[47]

Acto seguido despliega un larguísimo listado de críptidos y criaturas folclóricas que vincula con su —aparentemente violento— "*megalonix*":

"(…) Humanoides, lobisón, chupacabras, hombre-lobo, perro-grande, mono-grande, chancho-perro, shulliachaque, diablo, mulánima, comecabras, más 20 denominaciones regionales en distintos países de habla hispana. Lobisomen, paca-lobo, cape-lobo, homen-lobo, Mapinguarí, curupira, mula-sem-cabeca, boy-de-ouro, chupa-chupa, pé-de-garrafa y otras 10 en lenguas nativas o regionales de Brasil; (…) luisó/luisón, más 3 definiciones legendarias en lengua guaránpi; y swampy-beast, skunk-ape, wolf-man, dog-man, fouke-monster, Jonesville monster, wendigo, boggy creek, etc, en EE.UU y Canadá)".[48]

[46] Ibídem, pág.1.
[47] Ibídem, pág.2.
[48] Ibídem, pág.2.



Esqueleto y reconstrucción de un *Megalonix Wheatley*

Pero este fructuoso listado de seres extraños estaba incompleto. En julio de 2018, Luis Jorge Salinas me dijo personalmente que detrás de las barrocas historias del *Hombre-Gato*[49] de Brandsen (provincia de Buenos Aires) y de los aterrorizantes sucesos protagonizados por el *Payaso Asustador*[50] se asomaban las garras de un depredador pleistocénico que se creía —erróneamente— extinto desde hacía miles de años.

En pocas palabras, los avistamientos registrados a lo largo y ancho de América, así como la mayoría de los animales mutilados —que cada tanto los periódicos publicitan con bombos y platillos (*voladores*, incluso) relacionándolos con el chupacabras— tenían a un único responsable: un elusivo mamífero de la extinta megafauna americana, perfectamente adaptado a los tiempos que corren y con una capacidad extraordinaria de supervivencia. Un peligroso e inteligente depredador, cuyo aspecto, según Salinas, se resume en: 2,30 metros de altura en posición bípeda, 500 kilos de peso, un aullido aterrador y la capacidad de atontar e inmovilizar a sus víctimas haciendo uso de una toxina, cuyo olor es parecido a una mezcla de amoníaco y azufre (lo impediría que otros animales se acerquen a las presas muertas/mutiladas).[51]

Pero, ¿dónde están las pruebas que demuestren todo esto?

Salinas es conciente de que no las tiene y que, sin ellas, es imposible probar su hipótesis. Así todo, guarda la esperanza de poder encontrar ese bendito *Santo Grial de la "zoología"*. Bueno sería —incluso para un escéptico como yo— conseguir, como antaño, un pedazo de piel fresca, un hueso o una muestra de sangre. *Algo*

[49] Véase del autor: *Garras, ataques y maullidos: la leyenda del Hombre-Gato*. Disponible en Web: https://issuu.com/fernandojorgesotoroland/docs/garras_ataques_y_maullidos._la_leye

[50] Véase del autor: *Carcajadas de terror: la leyenda del Payaso Asustador*. Disponible en Web: https://es.calameo.com/books/0054060188d9f06d83b04

[51] Salinas, Luis Jorge*, Lobisón, chupacabras y mutilaciones de animales. Teoría de los megaterios*. Disponible en Web: https://megateriosvivos.blogcindario.com/2012/05/00002-teoria.html#comentarios pág.3.

que, análisis de ADN de por medio, permita zanjar la cuestión de una vez por todas.[52]

Por el momento los defensores de la bestia tienen que conformarse únicamente con testimonios que —como ya apuntamos y no nos cansaremos de repetir— no constituyen prueba de nada. No al menos en el campo de la ciencia. Ésta exige la presencia de un holotipo[53], no de rumores.

Convengamos algo: el universo de la criptozoología se mueve en un terreno complicado y resbaladizo. Es sencillo darse un patinazo y quedar mal parado para siempre. El sacrificio de años de estudio no puede tirarse por la borda persiguiendo una meta romántica, por más emocionante que ésta sea. Ni llamar ciencia a lo que no lo es. Caso contario estaríamos construyendo *bestiarios* más parecidos a los medievales que a los catálogos científicos de la zoología. Y esto no significa tener una *mente estrecha*, sino manejarse con prudencia y seriedad. Así es cómo el conocimiento científico ha construido el edifico que hoy nos cobija. Dudando, cuestionando, elevando al máximo el sentido crítico, sin dejarse llevar por las esperanzas del público en descubrir mundos perdidos o por el sensacionalismo periodístico que condiciona, como ningún otro factor, las creencias contemporáneas.

Los testimonios no bastan.

Una disciplina que busca la verdad no puede apoyarse en la confianza que el investigador pueda tener de un testigo, por más calificado que éste pueda resultarle (todos podemos fallar, equivocarnos o mentir). Un relato, dos relato, mil relatos, no revelan la verdad ni tienen valor probatorio. La percepción es muy influenciable, distorsiva y selectiva. Las pareidolias están al pie y al orden con cada paso que damos; especialmente a la hora de analizar las fotografías de supuestos monstruos (siempre nebulosas, movidas, fuera de foco). Manchas inconexas que, guiadas por la imaginación, se transforman en aquello que se quiere ver.[54]

A pesar de todo lo dicho, creo que la "*hipótesis del megalonix*" es una solución especulativa mucho más digna y menos "*diabólica*" (como diría Umberto Eco) que aquellas que le atribuyen a los animales mutilados un origen extraterrestres o paranormal. Como lectura diferente es bueno tenerla en cuenta.

"*Acá no hay marcianos ni seres interdimensionales* —me dijo Luis—*. Lo que tenemos es una animal que nadie (o muy pocos) están decididos a creer que existe*".

---

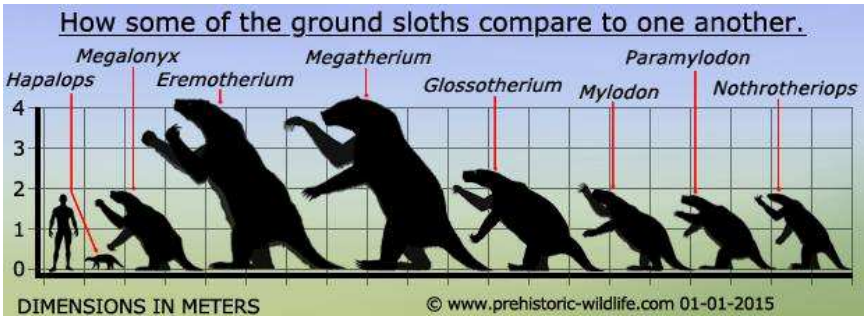
[52] Nota: Hace unos 20 años (no puedo precisar la fecha i más datos) pasaron por televisión una expedición en la que Oren y un científico escéptico se metieron en la selva buscando al Mapinguarí. En tanto que Oren creía encontrar a cada paso "señale" de la bestia, el otro las desacreditaba con la misma velocidad. Las heces recolectadas por Oren (y a las que había apostado todo en pro de la identiicación final) resultaron ser de un simple y mundano oso hormiguero.

[53] Un holotipo es un ejemplar depositado en un organismo competente, ya sea un museo o una universidad, a disposición de la comunidad científica y haber superado una prueba de ADN. Por otra parte el descubrimiento debe ser publicado en una revista científica (no en Internet o la sección viajes del diario del domingo) para poder ser arbitrado según normas de la taxonomía.

[54] Para una mirada claramente escéptica de la criptozoología y sus monstruos, véase: Chordá, Carlos, El Yeti y otros bichos ¡vaya timo!, Editorial Laetoli, Pamplona, 2007.

No cabe duda de su convencimiento. Tampoco de su altruismo. Salinas pretende ayudar a la comunidad denunciando lo que él cree es un peligro latente para todos. Tanto es así que le ha atribuido al "*animal*" la responsabilidad de numerosas desapariciones y muertes humanas, muchas de ellas sin resolver hasta la fecha.

Es que la imagen de los actuales perezosos, pequeños, arborícolas, lentos y simpáticos, no debería conformarnos ni dejarnos tranquilos. Salinas indica que nuevas investigaciones paleontológicas prueban —a partir del análisis de restos óseos de miles de años— que los megalonix eran veloces y omnívoros. Comían de todo, incluso carne. Aunque la cuestión esté en debate.[55]



Tipos y tamaños de perezosos

La dispersión territorial de las distintas especies de perezosos gigantes, de los que se a han encontrados restos antiguos, es enorme. Desde Puerto Rico y Cuba, México, Perú y Brasil, Argentina y Chile, en América del Norte, Sudamérica y el Caribe, la paleontología ha dado con sus huellas por todos lados, indicando un alto grado de adaptabilidad. Y he ahí, según Salinas, el gran peligro que corremos. Todo el continente estaría bajo la amenaza de esta enorme bestia, en la que nadie cree. De ahí la urgencia por probar con material confiable su supervivencia.

—Lo peor de todo es que sabemos que la prueba está —me dijo—, pero nadie hace nada al respecto.

—Pero, ¿qué prueba es esa? ¿En dónde está? —inquirí.

—Es una garra y la tienen en la provincia de Entre Ríos.

[55] Véase: *Plantas o carne. El debate sobre la dieta del megaterio*. Disponible en Web: http://www.conicet.gov.ar/plantas-o-carne-el-debate-sobre-la-dieta-del-megaterio/

PARTE 3

AMICUS CURIAE[56]

"Nos ha ocurrido algo espantoso.
¿Quién podría haberlo previsto? (…)
Quizá estemos condenados a pasar
el resto de nuestras vidas en
este lugar extraño e inaccesible".

Arthur Conan Doyle
El Mundo Perdido (Novela),
Laertes, edición 1983, Pág. 107

En setiembre de 2004, la pequeña localidad entrerriana de Colonia Elía vio su bucólica tranquilidad conmocionada por la aparición de una extraña criatura. Los medios locales y nacionales informaron que su apariencia era semejante de la del *Bigfoot* norteamericano y la responsabilizaban de haber matado a una docena de gallinas y pollos en las instalaciones de un criadero cercano al pueblo.[57] No obstante la comparación con el famoso críptido yanqui, la denominación popular, la circuló por la zona, fue la de *lobisón*.

Y tal vez haya habido motivos para ello:

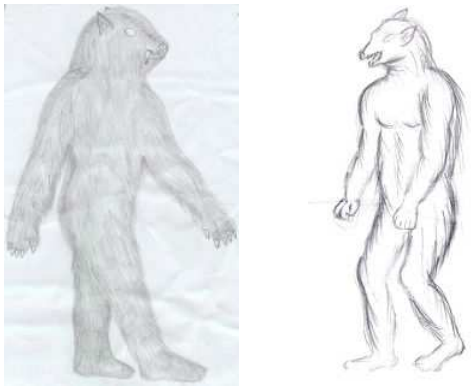
"(…) Un vecino de la zona rural, denunció el sábado [2 de octubre] *en la Comisaría de Colonia Elía que desde hace 20 días observa la presencia de este ser con características anormales merodeando su vivienda; y asegura que aún no ha podido identificar si se trata de un animal o de una persona. Tendría pelo amarillento de considerable extensión, uñas tipo garras y deja huellas de pisadas grandes. (…) Se trataría de una cosa con características muy extrañas ya que caminaba sobre sus patas traseras como si fuera un hombre (…). Lo persiguieron pero consiguió escapar."*[58]

El epicentro de los hechos fue la propiedad de Oscar Restaino y su familia (compuesta por el matrimonio y dos hijos jóvenes); quienes juraron haber sido acosados por el "*bicho*" (como le decían) desde el viernes 10 de setiembre, convirtiendo las noches en un verdadero infierno.

Cuando la noticia se hizo pública, dos grupos de ufólogos se apersonaron en la chacra; entrevistaron a los protagonistas y reconstruyeron los eventos con mayor

[56] "Amicus curiae" (amigo de la Corte o del tribunal) es una expresión en latín que se utiliza para referirse a presentaciones realizadas por terceros ajenos a un litigio, que ofrecen voluntariamente su opinión para colaborar en la resolución de la materia objeto del proceso. (Fuente: Wikipedia)
[57] Véase: Artículo periodístico del jueves 7 de octubre de 2004 (fuente Terra.com) *Extraña aparición de un animal igual a Bigfoot en Argentina*. Disponible en Web: http://forosmp.com.ar/phpBB3/viewtopic.php?f=10&t=1098#p14114
[58] Ibídem.

detalle que el informado en los diarios. Sacaron unas pocas fotos y confeccionando un retrato hablado del extraño visitante.[59]



"Retratos-robot" realizados por los *ufólogos* intervinientes en la pesquisa
Izquierda: El de Daniel Padilla (primero en llegar al lugar).
Derecha: el de Andrea Pérez Simondini

En pocas palabras, todo el asunto se resume en una serie de cortos avistamientos practicados especialmente por Matías Restaino, el hijo de 17 años; único miembro de la familia que dijo haberlo visto en tres oportunidades muy claramente. La primera —a sólo tres metros de distancia— durante la noche y tras escuchar ruidos extraños en el sector del gallinero. En esa oportunidad dijo que el animal lo miró a los ojos y se perdió en el bosquecillo cercano. La segunda vez, mucho más dramática, atestiguó encontrarlo en el interior de la casa, agazapado sobre un freezer. Al ser sorprendido, el bicho saltó y escapó por la ventana. Pero la tercera y última resultó ser la peor. Cuenta Matías que, tras realizar una recorrida por el predio armado con una carabina, al ingresar a su habitación se encontró con la criatura ahí adentro. Sin más, le disparó cuatro tiros pero, a pesar de asegurar que le había dado de lleno, el "animal" corrió, volvió a saltar por una ventana y se perdió en la oscuridad.[60]

Gracias a este último encuentro, el chico pudo dar una descripción más precisa del inesperado visitante.

"Un ser bípedo —que, no obstante, al huir en ciertos tramos tendía a hacerlo 'como en cuatro patas'— de aproximadamente un metro ochenta de estatura. Cuello muy corto o directamente inexistente, ojos rojizos, cubierto de una hirsuta pelambre de color blanco amarillento con manchas marrones en el lomo o espalda".[61]

---

[59] Véase: Fernández, Gustavo, *Caso Colonia Elía: nuevas evidencias de un portal dimensional*. Disponible en Web: https://alfilodelarealidad.wordpress.com/2011/10/07/caso-colonia-elia-nuevas-evidencias-de-un-portal-dimensional/ // Pérez Simondini, Andrea, *El depredador de Colonia Elía*. Disponible en Web: http://cuerpoicfo.blogspot.com/2009/05/el-depredador-de-colonia-elia.html

[60] Fernández, Gustavo, *Caso Colonia Elía: nuevas evidencias de un portal dimensional*. Disponible en Web: https://alfilodelarealidad.wordpress.com/2011/10/07/caso-colonia-elia-nuevas-evidencias-de-un-portal-dimensional/

[61] Ibídem.

El resto de la familia atestiguó sombras y bultos, observados desde lejos; lo que no los eximió de agregar detalles a la historia, fundando sus especulaciones en las marcas, huellas y rasguños que el animal *dejó* a su paso en la zona del gallinero y en un árbol cercano.[62] Y es aquí dónde este bizarro episodio entrerriano se relaciona con la pesquisa de Salinas y su perezoso terrestre gigante.

Marcas de supuestas garras en el árbol

Resulta que los Restaino aseguraron que las marcas dejadas en el árbol las había realizado la criatura al afilar sus garras.[63] Y "*garras*" son las que se mencionan en las tres crónicas consultadas.

Pero eso no es todo.

La familia también atestiguó —en sólo una de las investigaciones consultadas— que

"(…) el personal policial se llevó, seguramente para análisis, una garra —una uña, no el miembro entero— que habría quedado incrustada en él".[64]

Es interesante notar el "*habría*" (en condicional), ya que deja entrever cierto grado de escepticismo por parte de quien reporta el hecho.

De todas maneras, la nota periodística del 7 de octubre de 2004 certificaba la operación del siguiente modo:

"Personal de criminalística de la oficina departamental Concepción del Uruguay (Entre Ríos) recogió en el lugar muestras de una huella, entre humana y animal, pelos y otros elementos que dan credibilidad al hecho denunciado por el productor. [65]

Y más adelante vuelve a confirmar:

---

[62] Nota: En conversación telefónica con Daniel Padilla, éste me informó que la criatura fue vista no sólo por Matías. Su madre también pudo verlo "desde lejos y parado en dos patas junto a un árbol". Asimismo un vecino al criadero atestiguó observarlo a distancia ("Era una animal peludo, dijo").

[63] Nota: Daniel Padilla me aclaró: "*Las marcas en el árbol la vi. Eran tres rasguños y uno menos pronunciado que cruzaba a los primeros transversalmente, como si fuera una garra de la pata trasera. No las hizo para afilar las uñas, como dijeron algunos artículos, sino cuando trepó al árbol, tras huir de la habitación de Matías. El chico vio todo por la ventana."* Más adelante agregó: "*Un poco más tarde, esa misma noche, la criatura volvió a la ventana y dejó en ella un pollo destripado, como demostrando inteligencia*."

[64] Ibídem.

[65] Véase: Artículo periodístico del jueves 7 de octubre de 2004 (fuente Terra.com) *Extraña aparición de un animal igual a Bigfoot en Argentina*. Disponible en Web: http://forosmp.com.ar/phpBB3/viewtopic.php?f=10&t=1098#p14114

"*El personal policial, este martes* [5 de octubre], *se hizo presente y efectivamente observó varios rastros como pisadas, pelos de gran tamaño —de entre 6 y 10 centímetros de largo— e, inclusive, una garra-uña que estaba clavada en el tronco de un árbol*".[66]

En conversación telefónica con Daniel Padilla (primer investigador en llegar a la chacra de los Restaino y responsable del identikit más temprano de la bestia), éste expresó:

"Yo la garra no la vi, pero la familia me dijo que la policía se la había llevado. Después supe, por intermedio de un policía conocido, que la jueza María Cristina Calveyra —a cargo de la investigación por aquellos días— tuvo la garra en su poder, pero que la tiró a la basura. El caso no era relevante. Estamos hablando sólo de unas gallinas muertas y al no haber víctimas (humanas) no le dio importancia y cerró la causa".[67]

En cuanto a los rastros de sangre, me comentó:

"Había sangre. Eso sí que lo vi. El animal se escapó de dos trampas en dos noches diferentes. En una de ellas quedó sangre, pero nadie la analizó porque la familia Restaino no dejó que se tocara nada. Además, en una inspección que hicimos por una enramada cercana, vimos un reguero de sangre, como si le hubieran dado en una arteria o algo así. Incluso vi que una chapa tirada estaba machada con ella. Pero la familia no permitió tomar ninguna muestra. La verdad es que no colaboraron mucho. No dejaron sacar fotos ni filmar. A mí la señora me dejó tomar unas poquísima (fotos), tras ganarme su confianza."[68]

Un manto de sospechas se tiende sobre el criadero de pollos. Daniel Padilla me expresó que descreyó de muchas cosas que le dijeron. Amén de que la familia pedía dinero a cambio de la información ("*A mí me lo pidieron*", me dijo). Por lo tanto hay muchos detalles llevan a sospechar que detrás de la historia había exageraciones, omisiones y mentiras.

Gustavo Fernández (responsable de uno de los artículos consultados) informa lo siguiente:

"Si bien en un principio los Restaino se muestran desconfiados ante los desconocidos –e incluso se menciona que estaban más que molestos por la repercusión periodística- han comenzado a guardar en carpeta todo recorte periodístico que habla de su experiencia, carpeta que muestran con orgullo a todo visitante. Más aún: han abierto un "libro de visitas" donde piden a todos los recién llegados que estampen su rúbrica. Las huellas dejan de ser "de garras" y pasan a ser de manos y pies absolutamente humanas, casi, diríamos, del porte de uno de los chicos Restaino. Una muestra de pelo, presuntamente del animal –y que está en vías de análisis, de todas formas- tiene exactamente la apariencia y color del pelo de uno de los grandes perros de la familia (más exactamente de la cola). Es como si de pronto esta familia, sorprendida y tal vez halagada por ser objeto de atención por parte de tanta gente muchas veces llegadas de lejanos lugares, se viera impelida a preparar alguna clase de "souvenirs" a los investigadores visitantes, como si de realimentar el mito se tratara".[69]

---

[66] Ibídem.
[67] Conversación con el autor el 14 de agosto de 2018. Archivo personal.
[68] Conversación con el autor el 14 de agosto de 2018. Archivo personal.
[69] Fernández, Gustavo, *Caso Colonia Elía: nuevas evidencias de un portal dimensional*. Disponible en Web: https://alfilodelarealidad.wordpress.com/2011/10/07/caso-colonia-elia-nuevas-evidencias-de-un-portal-dimensional/

Más allá de las conclusiones paranormales a la que llega Fernández[70], es de notar lo poco confiable que resulta el asunto en más de un aspecto.

Por tanto, creo que apoyarse en el "*Caso Restaino*" para aseverar que un depredador desconocido ataca a animales domésticos, mutilándolos y quitándole sus partes blandas (como el chupacabras), es en mi opinión llevar la especulación a un nivel de exageración superlativa.

Los sucesos de Colonia Elía están, por decirlo de alguna manera, "*contaminados*" (principalmente por los ufólogos), habiendo serias dudas respecto de los eventos objetivamente acaecidos. De todas maneras, que un animal no catalogado, pero perfectamente "natural", haya sido el responsable de las muertes denunciadas, resulta mucho más creíble que aceptar la existencia de un Lobisón o un Pie Grande deambulando por Entre Ríos (y mucho menos bestias interdimensionales).

La hipótesis del *perezoso* es original, pero creo muy improbable. El Mapinguarí (o como se lo quiera llamar) es, si lo comparamos con serpientes marinas y demás monstruos, el críptido menos fabuloso y por tanto tiende a racionalizar —en parte— muchos de los dichos y rumores fantasiosos que circulan en leyendas y cuentos de campo. Sería un ejemplar del "folclore eventualmente creíble".

Pero eso no significa que sea real. Al menos por ahora.

Los indicios son frágiles, poco consistentes e insuficientes. La garra ha desaparecido en un tacho de basura y por tanto es imposible que aparezca y sea analizada en un laboratorio.[71] Sólo nos quedan los rumores.

Tal vez por todos estos motivos la Justicia argentina haya hecho oídos sordos a los recursos de *Amicus Curiae* presentados por los hermanos Salinas, en relación a toda una larga serie de desapariciones y cuerpos mutilados de personas, ocurridos en el territorio nacional (de gran repercusión mediática); y que ellos argumentan puedan deberse al accionar del depredador que tanto persiguen.

Tengo en mi poder una copia de la carta que Luis Salinas envió a uno de los jueces en 2012.

Creo que es un texto interesante por varios motivos. En primer término, porque refleja el honesto convencimiento y compromiso por el prójimo del investigador marplatense. En segundo lugar, porque en la misiva queda explicitada claramente (y con palabras propias) la hipótesis defendida. Y, en tercer término, porque se detallan los casos (extraños) en los que se sustentan sus juicios.

"Al Sr. Juez Dr. Eduardo López

JUZGADO DE INSTRUCCION DE PRIMERA NOMINACION - Río Grande - Tierra del Fuego DISTRITO JUDICIAL NORTE

[70] Nota: Sostiene que la criatura es un ser de otra dimensión (¡!). Padilla no concuerda para nada con ese veredicto.

[71] Nota: La verdad es que esa garra puede haber sido de cualquier animal y no necesariamente de un chupacabras/perezoso gigante. Creo nunca se podrá salvar esa duda.

Ruta 3 s/nº Ex-Campamento YPF (02964) 443030/031/465/504 - (9420) Río Grande

Estimado Juez Eduardo López:

He decidido contactarlo a Ud. amparado en el recurso de derecho internacional "Amicus curiae" con el franco fin de colaborar en la causa nº 1h 13.139/2008 caratulada "U.P.M. y F. s/investigación s/ilícito cometido en perjuicio de la menor Sofía Herrera" que su señoría conduce y sigo con interés, entre otras causas, observando su lógico y correcto análisis de los hechos que derivaron a una situación incomún (sic), que no ha permitido el avance final de la justicia y dar la tranquilidad a las personas afectadas, familiares y amigos de la pequeña Sofía.

"Con el mayor respeto a su persona y su proceder, como también a la familia Herrera, y con la única intención de hacerle saber de la posibilidad de una línea de investigación diferente no evidenciada hasta ahora en ningún juzgado de la Republica Argentina ni en el exterior, pero de hecho existen cuantiosas denuncias policiales en varias provincias ,ya que hay causas iniciadas relacionadas con ataques de un "desconocido animal bípedo de gran porte" y/o "desapariciones y/o mutilaciones de personas de formas extrañas",por decirlo de alguna manera, y que no han prosperado por falta de evidencias finales en cuanto a esa cierta "fauna desconocida",que ha mi entender y propia experiencia soy conciente que es considerada "imposible e inexistente", generando esto un "absoluto error" por desidia, escepticismo o desconocimiento, y que por estas razones me permito desafiar a los biólogos de cualquier institución, incluyendo el CADIC en este caso, porque lo que expondré ante UD, no está probado científicamente lo cual no quiere decir que "no existe",solo no está "comprobado" aún ,por lo que rogaré a su señoría permítase entrever tal posibilidad , dada la importancia hacia esta causa y otras emergentes con situaciones similares y tenga Ud. la seguridad que se repetirán en diferentes zonas de nuestro país incluyendo Tierra del Fuego.

"Trato de exponer ante su señoría un factor biológico predador, basado primero en mis propios avistamientos de dicha especie e investigaciones, y en segundo sobre testimonios que he investigado que describen las características y similitudes de lo que afirmo ante su señoría, y tercero las evidencias obtenidas en otro caso y que no fueron objeto de estudio por cientificos especializados en ello.

"Actualmente estoy intentando demostrar que hay evidencias suficientes de su existencia y de su depredación sobre otras especies, en todo el continente, no solo en la Argentina; lo que considero llevará a confrontar y actualizar el conocimiento científico, siendo algo necesario, urgente, y antes que llegue a ser un tema de seguridad nacional por su proyección.

"La sola mención de perezosos gigantes (xenarthra pilosa) o megatéridos podria parecer algo imposible en nuestros días y delirio de quien lo dice, pero le pido un breve análisis de los datos que adjunto a esta misiva, antes de descartar de plano tal posibilidad, ya que considero de vital importancia en relación a la causa Sofía y otras presentes y futuras y el esclarecimiento de las mismas; por tales importantes razones su señoría, debe considerar el posible valor visible de hacer justicia antes de prejuicios personales de criterios escépticos adquiridos, si los hubiere, y considerar cierto o probables los testimonios de ciudadanos de la isla que atestiguan sobre avistamientos de extraño/s animales bípedos y de gran porte incluyendo una integrante de la policía local a quien le rasguñó su vehículo. Es importante no considerar las denominaciones periodísticas como chupacabras o lobisón, extraño ser,

ucumar, etc., que solo confunden como si se trataran de varias entidades y pensar seriamente en una sola especie animal no identificada o considerada extinta.

"(…) He leído que se obtuvieron algunos pelos(8) que seria interesante saber si alguno es de origen animal y de ser así habría material genético para comparar con un caso ocurrido en Colonia Elia en el año 2004 que comenzó el 10 de septiembre en la granja de la familia Restaino (no Resteinor)Oscar ,María del Carmen Merello, Matías Restaino y Gabriel Restaino, quienes denunciaron que un animal bípedo mato varios pollos e incluso ingreso a la vivienda familiar siendo repelido a tiros, hiriéndolo en una de sus falanges lo que posteriormente el animal dejo una garra clavada en un árbol, pelos y sangre recogidas por criminalística de la policía de Concepción del Uruguay, Entre Ríos, y actualmente se hallan alli en depósito, dado que no fueron objeto de estudio especializado en ese entonces por la juez María Cristina Calveyra, claramente temiendo exposición pública por las denominaciones periodísticas del caso, lobizon (SIC), bigfoot, etc. y minimizado a carátula de daños dado que no hubo personas heridas. Actualmente el juez es el Sr. Mariano Martínez y sería fundamental obtener muestras de dichas evidencias que probarían la existencia de la especie que afirmo y si hubiere coincidencia comparativa con alguno de los pelos obtenidos en el camping Goodall.

"Afirmo por tales motivos y mas adelante ofreceré mas datos, indudablemente existe una población de la especie en cuestión que procede como predador, los perezosos gigantes fueron los mamíferos más exitosos hasta su supuesta extinción, teorizada y parcialmente probada; Sus variados géneros son considerados mayormente herbívoros especializados según su dentición, y algunos de ellos omnívoros o carroñeros y otros forrajeros; para esta especie en vías de identificación yo presumo un omnívoro de base folivora, que al llegar el otoño-invierno afronta necesariamente una dieta carnívora pero solo de fluidos y partes blandas que pueda tragar sin perjuicios ,supliendo asi su alimento base folívora, sosteniendo las épocas que debe afrontar con animales silvestres, pero como oportunista de inteligencia evasiva además de pasar inadvertido, se animan con nuestra especie.

"(…) En estos 10 años que llevo investigando eventos relacionables a presencia o ataques, desapariciones o mutilaciones de personas y animales, estoy convencido que tenemos una población de una especie mamífera de gran porte no clasificada aún por la ciencia (…)."[72]

Muy largo sería referirme a las otras cartas que Salinas entregó a la Justicia. La transcripta arriba basta como ejemplo. De todos modos, y a fin de que el lector se empape de aquellos casos que el investigador marplatense asocia con su ubicuo depredador, cito a continuación un listado (incompleto) de los mismos. Todos ellos sumamente doloroso, dramáticos y sin resolver.

- Caso Zumara Orias (2014), Chubut.
- Caso Raúl Horacio Currumil (2014), Chubut.
- Caso César Monsalve (2013), Chubut.
- Caso Mariano Alberto Gaudini (2012), Tierra del Fuego.
- Caso Rodrigo Corihuinca (2012), Chubut.
- Caso Sofía Herrera (2008), Tierra del Fuego.

[72] Carta entregada por Luis salinas. Archivo del autor. Las frases en negritas fueron marcadas por mí.

- Caso Oscar Vovillez (2004), Tierra del Fuego.
- Caso Carlos Luna y Fernando Martínez (1989), San Luis.[73]

Me tomé el trabajo de indagar un poco (dadas las posibilidades que nos brinda la Web) cada uno de los casos mencionados y en todos ellos (incluido el de Sofía Herrera que parece mencionado en la carta de arriba) los indicios —producto de la investigación judicial— apuntan a causas menos asombrosas que las aducidas (es decir: raptos, venganza, corrupción policial, ajuste de cuentas, etc.).

Las afirmaciones (o sugerencias) extraordinarias, requieren pruebas extraordinarias. Es una premisa ineludible del escepticismo. Pero a no confundirse: no nos negamos a creer. Sólo que para creer se necesitan evidencias claras. Mucho más cuando se trata de seres humanos y no de gallinas o cabras.

[73] Nota: *Googlee* el lector en cada caso y vera un cúmulo importante de noticias al respecto.

PALABRAS FINALES

Tengo un amigo muy querido, especialista en asuntos "*extraños*", que siempre me dice: "*La verdad no importa demasiado en este tipo de relatos. Lo más probable es que nunca la conozcamos. Lo que sí son valiosas son las historias en sí mismas*".

Tiene razón.

Son ellas las que —reales o ficticias— le dan sentido a la vida. La argumentan. Le proveen un guión digno a seguir, quitándonos de la monotonía y ofreciendo —a veces— un motivo por el qué luchar.

Escépticos y creyentes estamos embarcados en el mismo bote. Mantenemos un diálogo de sordos que se perpetuará hasta tanto aparezca la prueba definitiva que zanje de una vez por todas la disputa. Aunque, tal vez, tampoco ocurra en ese hipotético momento.

Los sistemas de creencias son duros de roer. Dogmáticos. Resistentes al cambio (de un lado y otro de la barca). Pero necesitamos embanderar la autocrítica.

En lo que a mí respecta, estoy dispuesto a admitir errores y prejuicios (ya lo he hecho antes).

Ojalá que algún día el Mapinguarí (y otros críptidos) puedan ser capturados física o fotográficamente sin inconvenientes técnicos. Estoy cansado de fotos movidas y fuera de foco que dan paso a mil interpretaciones distintas. Las pareidolias me saturaron. La voluntad de creer la agoté en mi adolescencia. Porque en aquellos días —*claro*— creía en monstruos.

¿Quién no se sintió atraído por las historias del *Yeti* o *Nessie*? ¿Quién —con sólo una pizca de espíritu aventurero— no soñó con emprender una expedición tras las huellas de *Pie Grande* o el *Mokele Mbembe*?

Yo sí lo hice.

Pero pensaba al revés. Creía que un monstruo era auténtico, mientras no se demostrara lo contrario. Eso me lo enseñó la prensa sensacionalista y la *lumpenliteratura* —acrítica y escrita por creyentes militantes— que por entonces consumía.

Por lo demás, tampoco era (es) lógico argüir —como esa literatura propugnaba— que todos los asuntos imposibles del pasado hayan sido más tarde posibles. No siempre ocurre eso. Hay imposible que permanecerán imposibles por siempre. A menos que condimentemos los cuentos con una adictiva dosis de ficción y *posverdad*.[74]

En mi caso (y no digo que a todos le pase necesariamente lo mismo) la universidad fue la que me encausó en el sendero de la *Modernidad*. En aquellos claustros dejé el pensamiento mágico. Lo que no significa que haya dejado de

[74] Véase: Flichtrentein, Daniel, *Posverdad: la ciencia y sus demonios*, mayo 2017. Disponible en Web: http://laverdadyotrasmentiras.com/literatura/posverdad-la-ciencia-y-sus-demonios/

interesarme el tema. Basta con mirar hacia atrás para advertir que siempre ha sido parte de la humanidad. Siempre ha estado, ganando o perdiendo fuerzas según el contexto histórico y la emergencia de ciertos protagonistas que saben aprovecharlo.

Nuestra herencia literaria es densa y duradera. No siempre lo tenemos en cuenta. Somos lo que leímos y el modo en que leímos. Y resulta dificultoso romper ese molde con el que le dimos forma a la realidad.

Los juicios previos y las fantasías de escritores como Arthur Conan Doyle, con sus verosímiles (y no tanto) *mundos perdidos*, nos marcaron. La *Otredad* se nos coló por cuanto intersticio halló en su camino. Recreó la mirada. Apuntaló una cosmovisión permisiva a la fabula y al deseo de seguir creyendo.

Pero lo que algunos miramos con ojos críticos, otros lo proponen como solución y salida a los problemas contemporáneos, intentando rescatar para ello la intuición, la magia y las maravillas, en un claro emerger de *neo-romanticismo potenciado*; muy en boga entre los que suelen unir criptozoología con parapsicología, ovnis y misticismo.

Pero no es éste el caso que nos ocupó en el presente artículo.

La búsqueda que Ameghino, Oren y Salinas emprendieron está bien lejos de las heterodoxas propuestas de —por ejemplo— John Keel, quien sostenía que los monstruos no serían más que manifestaciones engañosas y aparentes de alguna clase de "*energía unitaria*", subyacente todos los *fenómenos raros*.

La posible existencia de un depredador que se cree extinto es mucho más simple, aunque no por ello menos improbable.

El que va en pos de monstruos, es muy probable que crea encontrarlos; y que genere en el camino más problemas que soluciones. Ésas que no se encontrarán en ninguna expedición, sino en el análisis desapasionado que podamos hacer desde la historia de mentalidades, la sociología, o la antropología cultural.

Los monstruos hablan de nosotros mismos. De nuestros contextos históricos. Atentan contra las certezas y abren un siempre atractivo espacio que rompe con la mirada desencantada que tenemos de la realidad.

Y eso es lo que —en cierto sentido— les envidio a los buscadores del Mapinguarí.